

The image is a book cover for 'Hereje' by J.J. Villarreal. It features a close-up of a person's face from the nose down, showing their mouth and chin. They have long, reddish-brown hair styled in a thick braid that runs down the right side of the frame. They are wearing a dark grey or black hooded cloak over a brown, textured tunic. Their right hand, clad in a dark brown leather glove, is gripping the ornate hilt of a sword. The sword's hilt and crossguard are highly detailed with intricate metalwork. The blade of the sword is visible, pointing downwards. The background is dark and moody, with some light reflecting off the person's face and the sword. The title 'HEREJE' is written in a large, white, serif font across the lower middle of the image. Below the title, the author's name 'J. J. VILLARREAL' is written in a smaller, white, serif font.

HEREJE

J. J. VILLARREAL

Contenido

[Dedicación](#)

[Mapa](#)

[Parte I](#)

[Un callejón](#)

[Un encuentro](#)

[Una conversación](#)

[Un sueño](#)

[Una junta](#)

[Unos intrusos](#)

[Una encerrona](#)

[Una invitación](#)

[Una visita](#)

[Parte II](#)

[Una isla](#)

[Una biblioteca](#)

[Un prisionero](#)

[Un huésped](#)

[Un enemigo](#)

[Un baile](#)

[Un encuentro](#)

[Una huída](#)

[Una conversación](#)

[Un libro](#)

[Una ciudad](#)

[Al lector](#)

[Sinopsis](#)

[Otros libros](#)

[Notes](#)

A los fieles lectores...

MAPA



PARTE I



1. UN CALLEJÓN

ALINA ARALUZ DE Oamande se ajustó bien la bufanda para que le cubriera el cuello y la mitad del rostro. No solo por el frío, sino también porque era la mujer más buscada en la ciudad.

Se arrebujó en su capa, la más gruesa que tenía, de lana, color gris. Llevaba guantes en las manos y calzas en las piernas bajo la túnica, pero el frío intenso le hacía castañear los dientes.

Desde hace tres días que nevaba sobre la ciudad de Xulde. Era un invierno particularmente frío, o por lo menos así lo percibía Alina, más helado que los anteriores. No le gustaba el frío porque dificultaba su trabajo. Era más difícil manejar la espada cuando le dolía el cuerpo entero a causa de las bajas temperaturas. Además, la nieve entorpecía entrar o salir de un lugar con sigilo. Peor todavía cuando llovía, puesto que además de que todas las superficies estaban resbaladizas, la ropa se pegaba al cuerpo.

Al cinto llevaba su espada y daga. No salía sin ellas. Más pronto saldría desnuda que sin su espada.

Por fortuna no había usado sus aceros por casi medio año, cuando ella y sus amigos de la Cofradía del Pacto huyeron de la ciudad.

Ah, pero ya estaban de regreso. Apenas dos semanas en la ciudad, manteniendo el perfil bajo.

Seguramente tanto el duque como el capitán de la Santa Devoción no se habían olvidado de ella, sobre todo después de cortarle la mano al duque y matar a varios de sus soldados, y robarle al capitán el medallón..., y de paso matar a su guardia personal.

Sí, Alina Araluz, la mercenaria, era la mujer más buscada no solo en la ciudad, sino en la región.

Sin embargo, no había ni un solo póster con su imagen en las esquinas o afuera de las comisarías.

Me persiguen en secreto, se dijo. No le sorprendía; después de todo, el que hubiera logrado robarle el medallón al duque y escaparse de las garras del capitán eran episodios que probablemente llenaban de vergüenza e ira a ambos hombres, sobre todo hombres con egos como el de ellos.

Alina y sus amigos decidieron regresar porque los aires cambiaban en el reino. Un par de meses atrás los piratas saquearon y hundieron dos barcos del duque llenos de mercancía, oro y plata. Además, las veredas reales parecían estar infestadas de ladrones, tanto así que los ciudadanos salían en caravanas habiendo contratado espadas a sueldo para llevarlos a su destino. Por si eso no fuera poco, soplaban rumores de que en las tierras de Garrajal se unían tribus para invadir Zurmeldán. Aunque la mayoría de la gente pensaba que eran solo rumores y nada más.

Así que el duque, como gobernador de la ciudad, sus generales, e incluso los Devotos estaban ocupados atendiendo esas emergencias.

Momento perfecto para regresar.

Alina se dirigía a la muralla sur, donde su amiga Larani le consiguió hospedaje con una anciana que vivía en el segundo piso de la muralla, cerca de la puerta del Estanque, la más cercana al mar.

Ya anochecía, y del cielo descendían copos de nieve. Caminaba por una calle angosta con tabernas, mesones y burdeles a ambos lados. No era el mejor sector de la ciudad, aunque perfecto

para esconderse.

A su derecha escuchó a un hombre blasfemar y después el golpe seco de una bofetada. A la mitad de un callejón oscuro vio a un tipo de pie y a una mujer en el suelo, sentada, con una mano en la mejilla donde acababa de recibir el golpe.

—¡Regrésamelo, ramera! —gritó el hombre apuntándola con el dedo índice.

—Yo no fui, mi señor, lo prometo por la Madre —respondió ella.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién? ¿Desapareció por arte de magia? ¿Eres entonces una hechicera?

No te metas, Alina. No es asunto tuyo.

Se inmiscuía en suficientes problemas ella sola como para estar resolviendo los problemas de otros. Había aprendido que cuando metía la nariz donde no debía, los resultados eran malos.

Estaba por continuar su camino cuando el hombre dijo:

—Una bruja, entonces, es lo que eres. ¿Sabes cuál es la pena por practicar la hechicería? ¿Lo sabes?

—Mi señor, yo no...

—¡La muerte!

El hombre le dio un puntapié en la cara con tanta violencia que Alina, al escuchar el golpe, pensó la había matado. La mujer se fue de espalda, golpeándose la cabeza contra el suelo.

A Alina se le nubló la vista de la ira.

La ha matado. Ese bastardo la mató frente a mis ojos.

No, seguía viva. La mujer que, por la manera que iba vestida a pesar del frío, daba apariencias de ser una mujer de la calle, se retorció en el suelo y gimió de dolor.

El hombre soltó una risa burlona y sacó un cuchillo. Dio un paso hacia la mujer con la clara intención de ejecutarla.

—¡Alto! —se escuchó gritar Alina.

El hombre, sobresaltado, se volvió hacia ella:

—¿Qué quieres? —dijo, entornando los ojos.

—Déjala en paz.

El hombre debió escuchar el timbre de su voz, porque se relajó y dijo, sonriente:

—Qué bonito. Una mujer defendiendo a otra.

—Dije que la dejaras en paz.

—Esta mujer, además de ramera, es una ladrona. Me robó mi bolsa de dinero.

—Si te ha robado algo, es por tu propia estupidez. Mejor retírate, sin dinero pero con vida.

El semblante del hombre cambió. Antes burlón, ahora serio. Caminó hacia ella tres pasos, con el cuchillo en la mano derecha.

Teniéndolo más cerca se percató de que era un hombre robusto. Aunque iba envuelto en una capa, tenía hombros anchos y pecho amplio. ¿Soldado, quizás?

—Te voy a dar la oportunidad de largarte —dijo el hombre, enseñándole sus dientes amarillos— antes de que te rebane la garganta.

Alina echó su capa por detrás de los hombros y desenvainó su espada.

El hombre se detuvo y levantó las cejas. No se esperaba eso.

—Andas bien armada, preciosura. ¿Eres soldado?

—De la guardia —le mintió. Quizás eso lo detendría. Herir a un soldado de la guardia estaba penado por la ley, anduviera de uniforme o no.

—¿Quién es tu capitán?

—Kalnadi —dijo. Era el posnombre del capitán de ese sector de la ciudad. No lo conocía

personalmente, por supuesto. Pero desde hace tiempo supo que era una buena ventaja saber quiénes eran los soldados que estaban a cargo en los diferentes barrios de la ciudad.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Cuál es el tuyo, hijo del Engendro?

El hombre lo pensó un poco. Levantó las dos manos en señal de rendirse. Detrás de él, la mujer recuperó el conocimiento y, al verlos, huyó de allí.

—Está bien, está bien, soldado —dijo él—, aquí no ha pasado nada.

Llevó el cuchillo hacia su funda en el cinto, dejando ver que bajo el manto llevaba una espada corta.

Alina comenzaba a pensar que esto terminaba cuando el hombre, con un movimiento veloz, se inclinó hacia adelante y lanzó el cuchillo en su dirección.

Shejata, maldijo ella, el cuchillo rozándole la mejilla.

Dientes Amarillos ya se abalanzaba mientras desenvainaba su espada, gritando de furia.

Alina se deslizó a la izquierda, agachándose para esquivar el tajo, le metió el pie y su contrincante se fue al suelo.

—No quiero matarte —le dijo la mercenaria. Aunque no era del todo cierto. Pensándolo bien, atravesarle los riñones a ese bastardo le estaba pareciendo como una excelente idea.

Dientes Amarillos, batallando, se puso de pie. Le sangraba la boca. Se había mordido el labio al caer.

Alina se puso en posición de guardia, esperando que se diera por vencido y dejara de quitarle el tiempo. Pero no, los hombres como él eran testarudos y orgullosos.

Gritando blasfemias atacó de nuevo. Se defendió de tres, cuatro, cinco espadazos, y cuando él levantó la espada, le dio una patada bien colocada en las nueces.

Dientes Amarillos lanzó un grito ahogado de dolor y soltó la espada; necesitaba ambas manos para atender el dolor en la entrepierna.

Alina se acercó. En algún momento de la refriega la bufanda se le desacomodó, el viento frío dejándole fría y seca la garganta.

El hombre la miró con ojos de terror, pensando que estaba por perder la vida.

La mercenaria sacudió la cabeza, impresionada de la estupidez de este hombre. Con el pomo de la espada le dio en la boca suficientemente fuerte para dejarlo aturdido pero no sin vida.

Dientes Amarillos, ahora Dientes Rotos, se desplomó en el suelo.

—Si te levantas, te mato —le dijo.

El hombre ni siquiera se movió.

2. UN ENCUENTRO

LA ENTRADA HACIA su nueva habitación estaba en la base de la muralla, subiendo unas descuidadas escaleras de caracol hasta llegar al segundo piso. De allí, todo derecho por un pasillo sin ventanas en dirección oeste, hasta llegar a una puerta de madera gruesa.

Tocó fuerte varias veces a la puerta hasta que se abrió la mirilla.

—Soy yo, misri Galuni —le dijo a la anciana.

—¿Y tu acompañante? —pregunto ella, entornando sus ojos grises.

—¿Mi qué...?

Entonces sintió la presencia detrás de ella. Se giró y desenvainó.

A unos diez pasos estaba una sombra. No podía distinguir el rostro porque llevaba un sombrero de ala ancha.

—Tranquila, Alina, soy yo —dijo la voz.

Reconoció la voz, pero eso la sorprendió todavía más.

Era el Benefactor.

—¿Qué...? —dijo Alina.

Él levantó ambas manos, enseñando las palmas:

—¿Puedo acercarme?

Alina no sabía qué contestar. Esta era la primera vez que tenía contacto con él sin haberlo planeado primero. Típicamente, por medio de un intermediario como adoni Musrum, determinaban el lugar donde se verían, un lugar público, normalmente.

Ella era una persona extremadamente privada, que ya de por sí se había sentido violada cuando los Devotos encontraron sus aposentos al norte de la ciudad.

El Benefactor, hasta ahora, siempre había respetado su privacidad, y viceversa. Ella también tenía muchas preguntas sobre él, comenzando por su verdadera identidad. Pero nunca lo había investigado, por lo menos no a fondo, porque sabía que si el Benefactor se enteraba de ello su relación de negocios terminaría.

—Necesitamos hablar, Alina —dijo—. No estaría aquí si no fuera una emergencia. Si prefieres que vayamos a otro lugar, está bien.

Tan solo pensar en volver a salir al frío de la noche le dio otro escalofrío.

—No. Está bien. Puedes pasar. ¿Vienes armado?

—Solo con mi daga. Pero puedo dártela, si te sientes más cómoda.

Ella lo pensó, pero al final decidió que si el Benefactor hubiera querido deshacerse de ella por alguna razón, lo habría hecho en otro lugar.

—No es necesario. Entra.

Misri Galuni abrió la puerta:

—¿Lo dejo entrar? —preguntó la anciana, mirando con sospecha al hombre que se aproximaba.

—Sí, misri, es un conocido mío.

Ella asintió, aunque lanzándole una mirada de pocos amigos.

En el pequeño recibidor se quitaron las botas, los guantes, los mantos. Alina colgó el talabarte con sus armas. El Benefactor dejó el sombrero y se quitó la bufanda, pero traía puesta

una máscara negra que le ocultaba la parte inferior de la cara. Sin embargo, fue la primera vez que le vio el cabello castaño y rizado.

—Acompáñame —le dijo.

El próximo cuarto era la sala de estar, donde misri Galuni había encendido la chimenea desde antes, dejando el ambiente cálido y agradable. En una esquina estaba una silla mecedora y un par de sillones.

Alina se sentó en un sillón, el Benefactor en el otro. Se acercó la anciana y les ofreció vino, a lo cual accedieron. Después de eso, intuyendo que la conversación era privada, misri Galuni se excusó y desapareció por la puerta a su habitación, cerrándola tras sí.

El silencio lo rompió el Benefactor.

—Lo primero es pedirte disculpas por venir hasta aquí. Entiendo que debes tener dudas sobre mí. Este no es mi actuar normal.

—Soy una persona privada y tú también. Siempre hemos respetado eso, desde que nos conocemos.

—Tienes razón. Es algo que aprecio de nuestra relación. Ese respeto.

Alina lo conocía desde hacía tres años y medio. Aunque ella no era rica ni mucho menos, había juntado una pequeña fortuna en el banco gracias a las «misiones» que le daba él de cuando en cuando. Aunque ahora que lo pensaba, había pasado casi un año cuando consiguió aquel libro para el Benefactor, supuestamente una reliquia de comunicación con el hechicero más infame del reino: Runar de Kalmideni.

—Sin embargo —continuó el Benefactor—, en este caso era una emergencia y tuve que hacer esta excepción. Era imperativo encontrarte lo más pronto posible.

—¿Cuál es el motivo?

—Tu vida, Alina. Tu vida vida está en peligro.

3. UNA CONVERSACIÓN

ALINA SONRÍO Y le dio un buen sorbo a su copa.

—Dime algo que no sepa. ¿Peligro? ¡Bah!

—Esta vez es diferente. Las personas que te buscan son poderosas. Y no se han olvidado de ti.

No le gustaba como sonaba. La razón por la cual estaba de regreso en la ciudad era precisamente porque pensaba que sus mayores enemigos tenían la mente en otras cosas más importantes que ella. Pero ¿cuánto de todo esto sabía el Benefactor?

—¿A quiénes te refieres?

—Al duque y al capitán de la devoción —respondió sin rodeos.

—¿Sabes sobre eso?

—Por supuesto que lo sé, Alina. Y no soy el único. Los rumores se están esparciendo no solamente por toda la ciudad, sino por el reino mismo.

—Pensé que debido a la situación con los piratas y las tribus garrajeñas se olvidarían de mí.

—No se han olvidado. Están buscándote. Activamente. Y saben que has regresado.

—¿Cómo pueden saberlo? He sido cuidadosa.

—Eso no lo sé, todavía. Pero la devoción tiene espías por todos lados. Alguien te habrá visto. ¿Has hablado con alguien, además de siana Larani?

—Con nadie, ni siquiera con adoni Musrum. Y vaya que he querido visitarlo.

—No lo hagas. Musrum es de mi completa confianza, pero estoy seguro que estarán espiando su librería. Tenlo por seguro.

—Está bien. Mantendré mi distancia.

—De todas maneras, le he pedido a adoni Musrum que se oculte por un tiempo. Así que encontrarías su tienda cerrada —dijo; y agregó—: Pero el capitán Adiram no es el único que te busca.

Se refería a Sorne Adiram, capitán de la Santa Devoción.

—¿No?

—No. De hecho, la razón por la que vine no fue para advertirte sobre él.

—¿Sobre quién, entonces?

—Runar de Kalmideni.

Vaya que esta es una noche de sorpresas, pensó.

—¿El hechicero? —dijo ella.

—El mismo.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

—Te busca. Eso es lo que me dicen mis informantes. O más bien, ha pedido una *reunión* contigo, y sus seguidores andan por toda la ciudad, entre las sombras, preguntando, sobornando y torturando a todo aquel que haya tenido trato contigo.

—Un momento, un momento. Para empezar, ni siquiera estoy segura de que el hechicero exista. Es una leyenda. Un cuento para asustar a los niños.

—¿Conoces la historia de Kalmideni?

—Conozco lo básico. Un hechicero que vivió hace unos seiscientos años, el cual amasó una

cantidad importante de seguidores en Saldel. Fue derrotado en la batalla de Roldeán, en la llanura, pero nunca capturado.

—Murieron casi diez mil en esa batalla. El ejército de Zurmeldán ganó, pero por poco. Kalmideni fue un hechicero poderoso, un manipulador de la tierra capaz de transfigurarse.

—El cual vivió hace seiscientos años.

—Sus seguidores, inmersos en la magia más negra y oculta, han intentado por siglos traerlo del más allá por medio de sacrificios humanos.

—Sin éxito.

—No estoy tan seguro. Algunos de sus seguidores afirman haberlo visto en Acós.

Alina agito la cabeza:

—Imposible. Rumores, solamente.

—Quizás. O quizás no.

—De todas maneras, Acós está al otro lado del reino.

De las cinco grandes ciudades del reino, Acós estaba en el extremo norte, atravesando las montañas rojas, en el golfo de Rorinde. Acós, una ciudad establecida miles de años atrás por los primeros pobladores de la península, era una enorme ciudad amurallada y de inmensa riqueza debido a sus muchas importaciones y exportaciones con los reinos del lejano oriente.

—Podría estar incluso al otro lado del mundo —dijo él—, pero los runaritas están aquí, y vienen a por ti. O más bien, por algo que tienes.

—¿Algo que yo tengo? ¿Pero qué podría ser?

—Creo que ya sabes qué.

Maldito sea ese medallón, se dijo. Todo el mundo lo quería. El duque afirmaba que le pertenecía a su familia. Los Devotos consideraban que era su responsabilidad resguardarlo, al ser una reliquia. ¿Y ahora también los runaritas?

—¿Lo tienes? —preguntó el Benefactor, sus ojos intensos, brillantes.

—No —le mintió.

Una mentira, sí. Un secreto bien guardado, uno que solo ella sabía. Ni siquiera sus amigos de la Cofradía estaban enterados. De cierta manera se sentía mal por ello, por haber traicionado la confianza de Josfat, Roamán y Pitt. Ellos pensaban que la reliquia seguía enterrada en Percoratán, donde la habían dejado. Ese fue el acuerdo.

Pero una noche antes de salir de Percoratán hacia Xulde fue y desenterró la reliquia.

¿Por qué? ¿Por qué lo hizo sin decirle a sus amigos?

Una razón muy sencilla: la visión. Ese maldito sueño.

—No lo tienes, entonces —volvió a preguntar el Benefactor.

—No. Está escondido.

—Espero que bien escondido, Alina. Esa puede ser la diferencia entre preservar tu vida o perderla.

—Te puedo garantizar que está oculto en un lugar que jamás podrían encontrar.

Resistió la tentación de mirar en dirección de la puerta de su habitación, donde estaba el medallón escondido en un baúl sin candado. Estaba segura que, de haberlo hecho, él se habría dado cuenta.

El Benefactor le dio un sorbo largo a su copa, terminándose el vino. Lo puso sobre la mesita que tenía enfrente.

—Mi sugerencia, Alina, es que te deshagas de ese artefacto. Es demasiado peligroso.

—¿Intentas decirme que te lo venda?

El Benefactor se acomodó la máscara sobre su rostro:

—Admito que me llama la atención tener un artículo así en mi posesión. Estoy seguro que podría venderlo por mucho dinero, y por lo tanto te ofrecería una buena cantidad de plata. Por el otro lado, no estoy tan seguro de querer tener un objeto que buscan con tanto ahínco, un objeto por el cual están dispuestos a matar. O peor.

—¿Peor que matar?

—Torturar.

Probablemente lo único peor que morir era ser torturado antes de morir. No hace mucho tiempo había estado prisionera en la mazmorra del templo redondo de los Devotos, preguntándose si eso era lo que le deparaba: la tortura y muerte.

—¿Entonces no lo quieres? —le preguntó al Benefactor con una leve sonrisa. Ella sospechaba que quizás esa era una de las razones por las que la había «visitado». Para ofrecerle dinero por el medallón.

—No, en este caso no. Pero de nuevo, mi recomendación es deshacerte de él. Ya sabrás cómo hacerlo.

—Definitivamente. No sería la primera vez que tengo que desaparecer algo. O a alguien.

—Bien —dijo él dándole una palmada a sus rodillas—. Mi encomienda está concluida.

—No me has dicho cómo me encontraste —le dijo, los brazos cruzados e inclinándose hacia atrás en el sillón.

—Mucho más difícil de lo que pensé. Eres precavida, por supuesto.

—Intento serlo.

—Supuse que, si los rumores de tu regreso a la ciudad eran ciertos, estarías escondida en alguno de los barrios bajos.

Una decisión difícil de tomar, pensó. Al principio consideró que era mejor esconderse a plena vista, en alguno de los mejores sectores. Pero el patrullaje en la ciudad se había reforzado, y como siempre, la seguridad era mejor en los lugares donde se movía más dinero, en los barrios de la gente más acomodada.

Por eso le cayó como perlas el lugar que le consiguió siana Larani. No solamente estaba en un cuadrante olvidado y sin ley, sino que además en la mismísima muralla, lo que hacía más fácil una posible retirada.

—Continúa —dijo Alina.

—Así que me di a la tarea de buscarte personalmente. Recorriendo las calles, preguntando a mis contactos. Pero, al final —lanzó una risa seca—, fue por casualidad. Por suerte.

—¿A qué te refieres?

—Te vi caminando hoy por la noche. Te reconocí por tu andar.

Vaya. Nunca me había puesto a pensar que tengo una manera distintiva de caminar. Debo tener más cuidado con eso.

—Y cuando te deshiciste de ese hijo de la perdición, supe que eras tú. Así que te seguí.

Fue el turno de Alina de terminarse el vino. Se puso de pie, caminó hacia la pequeña cocina y rellenó su copa. Se recargó en el borde de la mesa y le dijo:

—Pero que quede esto en claro. Si algo así se vuelve a repetir..., si me vuelves a seguir, nuestro negocio juntos se termina.

El Benefactor se puso de pie:

—Lo entiendo. Y estoy de acuerdo.

—No se volverá a repetir.

—Tienes mi palabra.

—Muy bien. Me da gusto que nos entendamos bien. Creo que sabes por dónde es la salida.

El Benefactor inclinó la cabeza, tomó sus cosas, y salió.

4. UN SUEÑO

AUNQUE MISRI GALUNI dormía, le había dejado un pastel de carne en la cocina. Se sirvió una rebanada generosa en un plato, con un par de pedazos de queso, relleno su copa hasta el borde y fue a sentarse en la silla cerca del fuego.

Comió y bebió, perdida en sus pensamientos.

Quizás fue un error volver. ¿Para qué regresar, además? ¿Qué tengo aquí? ¿Familia? No. ¿Amigos? Unos pocos. ¿Entonces qué?

Testarudez. A lo mejor era eso. El enojo de que la obligaran a salir de su ciudad. Sus cosas, al final, seguían en Xulde, resguardadas por siana Larani en el convento.

Ni siquiera quería pensar en lo que significaría mudarse a otro sitio. Pero quizás era hora de considerarlo. Desde hace mucho tiempo que deseaba viajar. Ver las islas. Ya conocía Percoratán, ¿pero y Saldel? ¿Acós?

Quizás Acós no. Sobre todo si supuestamente allí ha sido visto el hechicero.

Tal vez salir del reino, hacerse a la mar y conocer las tierras del lejano oriente.

Pero eso significaría andar en barco. Serían días de mareo y vómito. Una auténtica pesadilla.

¿Y regresar a su tribu? ¿Ver de nuevo a su padre, a su hermano? ¿Contemplar el majestuoso pico de Arandu en la cordillera Alamín?

¿Y qué demonios le diría a mi padre? ¿Qué historia le contaría?

Habían pasado nueve años desde que abandonó su tierra y su parentela, su linaje «real», si pudiera llamarse así.

No, no podía simplemente regresar. Ya era otra persona. Haliná del clan Hara'lutze había quedado en el olvido, solamente existía Alina Araluz, la mercenaria de Xulde, la Sombra.

Abrió los párpados. Se estaba quedando dormida sin darse cuenta. Se terminó el vino y fue a dejar el plato y la copa en la cocina, tambaleándose un poco por el alcohol. Tomó su espada del recibidor, porque no dormía sin ella. Luego con el atizador apagó lo que quedaba del fuego.

En la esquina había una puerta pequeña por la cual se accedía a la garita de la letrina. El asiento de piedra tenía un agujero para que los desechos cayeran hacia afuera de la muralla, por lo que al sentarse se le congeló el trasero.

Por la Madre, vaya frío del Espectro.

Salió y entró a su habitación, que estaba helado. Aunque la ventana, la cual daba hacia afuera de la ciudad, estaba cerrada, de todas maneras entraba una brisa que se filtraba por los postigos, silbando. Se quitó su túnica externa y se puso un camisón largo de lana y una cofia sobre la cabeza. Por fortuna su cama era cómoda y las colchas gruesas.

Se acostó, quedándose profundamente dormida.

Pero pronto comenzó a soñar. Ese sueño que había tenido frecuentemente por un mes. Más que un sueño, una pesadilla. Era la misma visión que tuvo cuando tocó el ojo del dragón, tiempo atrás. Solo que a veces veía otros detalles.

Estaba sobre el pináculo de una torre, y el viento le pegaba duro. Era un viento invernal, de hecho. Esa era información nueva. Podía ver parte de una ciudad en llamas, y aunque en sueños anteriores no estaba segura, ahora sí: era Xulde. Podía ver el castillo, el templo, la magna

biblioteca, incluso la fortaleza roja. Y los techos de cientos y cientos de casas, algunos ardiendo.

Se llevó la mano al pecho y tocó el lugar donde debería estar el medallón. La sobrecogió el sentimiento de que ese medallón, esa reliquia, era fundamental para sobrevivir. No sabía por qué, tampoco cómo usar el artilugio, solo que lo necesitaba.

Por esa razón lo había traído consigo de Percoracán.

Escuchó entonces esa horrible y tronante voz que decía:

—¡Muerta... pero ahora vive!

Sin embargo en esta ocasión por primera vez otra cosa. Si anteriormente la pura voz la llenaba de horror, éste se intensificó cuando en el cielo, flotando, vio una figura negra que se acercaba. La figura estaba envuelta en un manto negro que aleteaba por el aire, y no podía ver su rostro excepto unos ojos amarillos. La figura le extendía una mano, y Alina supo que pedía el medallón.

Era Runar de Kalmideni.

¿Cómo lo sabía? Ni idea. Solo lo sabía.

Entonces escuchó otra voz. Una voz dulce, como la de una cantora de un templo, un silbido suave que le decía en el oído:

—..., o morirás.

¿Qué significaba eso? Nunca había escuchado esa voz en sus sueños anteriores.

—... tate, o morirás —escuchó de nuevo, un poco más fuerte.

Diosa, no sabía qué hacer con esa información. Pero el hechicero se acercaba, y ahora notaba que no era del tamaño de un ser humano normal, sino como un gigante.

Su corazón acelerado, un grito atorado en la garganta. Tenía que salir de allí o usar el medallón de alguna manera.

—¡Despiértate, o morirás! —dijo la voz, casi un grito.

¿Despertarme? Sí, debo despertar. *Esto es un sueño. Es un sueño, Alina. Despierta, sal de aquí, o morirás, despierta, despierta, ¡DESPIERTA!*

Abrió los ojos, se sentó en la cama sobresaltada y se llevó las manos a la garganta, donde todavía tenía el grito a punto de salir. No podía respirar, estaba ahogándose.

Tranquilízate, Alina, tranquila.

El oxígeno regresó a su pulmones.

Diosa Madre de la santa unción, protégeme.

Temblaba. Un sudor frío le brotaba por el cuerpo entero.

Entonces escuchó lo que le pareció un grito ahogado en la habitación contigua, donde dormía misri Galuni.

¿O había sido su imaginación? De todas maneras tomó su espada y la sacó de su funda. Salió de la cama y se puso de pie, en silencio, escuchando con atención.

Reinaba el silencio. Luego:

Tlac.

Quizás era misri Galuni, levantándose a usar la letrina. Iba de dos a tres veces por noche.

Otra vez escuchó un ruido, leve. Estaba casi segura que eran pasos, los pasos de uno que va caminando con sigilo.

Hay un intruso, pensó. O varios.

Se recargó contra la pared en la esquina de entrando a la derecha. Esperaría unos momentos más, si nada sucedía, saldría a investigar.

La puerta de su cuarto se abrió y entraron dos figuras blandiendo espadas.

5. UNA JUNTA

SORNE ADIRAM, CAPITÁN de la Orden de la Santa Devoción en la ciudad de Xulde, se sentía cansado.

Hace mucho que había anochecido, y la reunión del Concejo de la ciudad se extendía. Llevaban sesionando desde temprano en la mañana. Las reuniones eran, normalmente, cada dos o tres semanas. Pero últimamente las tenían cada dos o tres días.

Eran tiempos complicados. La amenaza garrajeña al sur. Los ataques piratas cada vez más osados. La inseguridad en los caminos reales. Las presiones de los diferentes gremios en la ciudad. Por si eso no fuera poco, el rey Cordán I de Zurmeldán planeaba subir los impuestos a las grandes ciudades para reforzar el ejército en caso de una guerra.

Por supuesto, Adiram consideraba vital asistir a estas juntas. Aquí se tomaban todas las grandes decisiones. El salón donde se sesionaban era grande, con un hermoso techo abovedado de madera, pero la mesa era más bien pequeña para que todos pudieran verse y escucharse sin dificultad.

En un extremo, el duque y gobernador, Dorne Obdane. Siempre una figura impositiva, un hombre fuerte tanto de carácter como físicamente.

A su derecha Bulodar Zamone, secretario de la ciudad y mano derecha del duque. Era un hombre joven, de cabello rubio, delgado y guapo. Vestía un jubón café y pantalones amarillos, muy moderno.

Seguido por Holden Dramec, teniente del ejército, vestido de uniforme militar, una túnica azul y capa celeste, de cabello blanco y tez morena.

Después Maldán Hamés, comandante de la guardia de la ciudad, uniformado también. A diferencia de Dramec, era un hombre bajito y regordete, pero con fama de ser inteligente y despiadado.

Luego la dama Kilenariri, tesorera. Traía un vestido púrpura de seda y las manos llenas de anillos. Un lujoso collar de perlas pendía de su cuello. Tendría unos setenta y tantos años y en su juventud habría sido hermosa.

Siana Jezba, madre visora de la ciudad, con su túnica blanca litúrgica. De avanzada edad, encorvada y con la mirada de un ave de rapiña.

Samec Andane, juez primero de Xulde, un hombre delgado, alto, de cabello blanco que le caía hasta los hombros. Tenía la cara larga, como un caballo, y era duro y obstinado.

Maese Partem Oldanero, representando a los gremios. Era obeso, *extremadamente* obeso, y siempre vestía túnicas lujosas de colores llamativos, además de un turbante en la cabeza con un diamante gigantesco en medio.

Finalmente Julden Merlién, barón poderoso y rico. Probablemente el principal rival del duque, pues pertenecía también a una antigua y poderosa casa.

Y él, por supuesto, capitán de los Devotos. Asistía a las juntas con su uniforme de la devoción, color verde oliva y capa verde oscura. En el pecho llevaba bordada la rama de olivo, símbolo de la santa unción.

—Se levanta la sesión —dijo el secretario.

Vaya, gracias a la Diosa, por fin, pensó. Había estado dormitando con los ojos abiertos. Los

miembros del Concejo se pusieron de pie inmediatamente, todos agradecidos de poder regresar cada uno a sus aposentos.

Al ponerse de pie, escuchó al duque decir:

—Capitán Adiram, si me permite una palabra en privado.

—Por supuesto, mi señor —respondió.

Se quedaron a solas. El duque permaneció sentado, masticando un par de almendras que se lanzó a la boca. Se veía cansado. Había sido un día largo.

—¿Alguna noticia, capitán?

—Tengo un par de importantes actualizaciones.

El duque arqueó las cejas, gratamente sorprendido. Los últimos dos meses no había tenido ninguna noticia que darle, y Adiram sabía que el duque y gobernador de la ciudad comenzaba a sentirse impaciente. Hace poco tiempo los Devotos recibieron una importante «donación anónima», donación que venía de las arcas ducales. Una importante cantidad de dinero que, como todas las donaciones, venía con ciertas prerrogativas. En este caso, encontrar el medallón robado y arrestar —o deshacerse de— la mercenaria Alina Araluz.

—Te escucho.

—Está confirmado que la mercenaria está en la ciudad.

—¿Lo sabes con seguridad?

—Sí. —En realidad no lo sabía con absoluta certeza, pero casi. Dos informantes importantes lo aseguraban.

—¿Ya la encontraste?

—No. La estamos buscando. Y la encontraremos.

—Pronto, espero. No me gustaría que se nos escape de las manos de nuevo.

—Sí, pronto, lo puedo garantizar. Estamos haciendo una búsqueda profunda, cuidadosa y sistemática de todo Xulde. No escapará.

—Eso espero, capitán.

—Téngalo por cierto. Muy pronto el medallón regresará a su legítimo dueño.

Su legítimo dueño era en realidad la Iglesia. Pero Sorne Adiram era al final un hombre pragmático. Gracias a una carta que el duque envió al Gran Maestre de la Santa Devoción, el capitán seguía al mando de los Devotos en la ciudad. Estaba también la cuestión de la donación monetaria. Por lo tanto, por ahora, le debía su lealtad al duque.

Por ahora, pensó. El futuro era siempre incierto. Las lealtades cambiaban. Al final, su lealtad absoluta estaba reservada para la Diosa Madre y la Iglesia ungida. La defensa de la enseñanza pura iba por encima de cualquier otra cosa.

—Me da gusto escuchar eso, capitán. Por cierto —agregó—, cuando captures a la mercenaria, quiero verla. La quiero viva antes de mandarla a la horca.

—Por supuesto, duque.

La tendrás viva, excepto si muere en un «accidente».

El capitán Devoto seguía investigando a Alina Araluz. No solamente estaba convencido que ella y la llamada Sombra eran la misma persona (las descripciones coincidían demasiado), sino que además sospechaba que ni siquiera era zumeldana. No había registros de una Alina Araluz en Oamande, ni en ningún otro pueblo cercano. Si eso era así, ¿qué otra explicación había?

Que es de las tribus montaneras. Por lo tanto, adoradora de otros dioses. Por lo tanto, una hereje merecedora de la muerte.

Aunque todavía no podía probarlo, esperaba que pronto. Si todo salía de acuerdo al plan...

—Solo hay un pequeño problema —continuó el capitán.

—¿Sí? —respondió el duque.

—Parece ser que no somos los únicos que buscan el medallón.

—¿A qué te refieres?

—A los runaritas.

—¿Esos perros fanáticos? ¿Ellos qué tienen que ver con todo esto?

—Buscan también la reliquia.

—¿Cómo es que saben de ella? —dijo el duque, evidentemente malhumorado.

—No lo sabemos. Pero andan por toda la ciudad buscando a la mercenaria, también.

—¿No es la responsabilidad de los Devotos erradicar a los herejes? ¿A los fanáticos?

—Sí. Los runaritas son blasfemos. Todos ellos merecen la muerte. Pero son como las cucarachas. Por más que las aplastas, siguen saliendo.

—Las cucarachas se erradican con azufre, capitán.

—Estoy de acuerdo, mi señor. Pero para, digamos, llenar de azufre la ciudad, necesitaría el permiso de la guardia, y por lo tanto el suyo.

El duque ni siquiera lo dudó:

—Tienes mi permiso. Pero encuéntrala a ella tú primero.

Habiéndose despedido del duque y gobernador, el capitán Adiram se encontró en el pasillo con uno de sus sargentos.

—Traigo reporte, mi capitán —dijo el joven soldado.

—Pues suéltalo rápido. —Añoraba ya su cama, en una de las torres del templo redondo.

—Es sobre la mercenaria.

—Dime, dime.

—Un cabo se encontró con ella hoy por la noche.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca de la muralla sur. El cabo me dio la descripción, y encaja a la perfección. Una mujer bella, cabello en trenza, ojos grises, excelente espadachina.

Tiene que ser ella.

Repentinamente se le fue el sueño. Pensar que podría capturarla esa misma noche lo llenaba de euforia, como la del cazador que avista a lo lejos un venado.

—¿La vio bien?

—Muy bien. De hecho, se enfrentó a ella valientemente, pero perdió la contienda..., y su dentadura.

—Consigue cuatro soldados devotos que vigilen las dos puertas del sur. Dos soldados en cada una.

—Sí, mi capitán.

—Quiero a un segundo escuadrón de búsqueda listo, seis soldados. Preparados para salir en cuanto yo llegue al templo.

—Se refiere a..., ¿ahora?

—¿Cómo que si ahora, imbécil? ¡Esto es para ayer!

—¡Sí, mi capitán! —dijo con un saludo, y salió de allí a trote.

Me rodean trogloditas, por la unción.

Extrañaba a su guardia personal. Pero esa maldita mercenaria y sus secuaces se deshicieron de ellos. Los mejores hombres que tenía, muertos. Su sargento primero, muerto.

No, mi querido duque. Si la veo, la mataré yo mismo.

6. UNOS INTRUSOS

LOS DOS INTRUSOS se acercaron a su cama, pensando que ella seguía allí, dormida.

Alina se acercó sin hacer ruido por atrás del que tenía más próximo y le encajó la espada por el dorso. El silencio se rompió con el grito del hombre. El otro soltó un alarido de sorpresa y alcanzó a defenderse del espadazo que le habría zanjado el pecho.

Los ojos de Alina estaban acostumbrados a la oscuridad, así que veía bastante bien a su enemigo. Pero él no, así que se defendía con habilidad pero dando golpes amplios.

Un tercero entró por el marco de la puerta con la espada en alto, y lo hizo retroceder con una patada bien colocada en el diafragma que lo mandó a estrellarse contra la pared.

El segundo asesino aprovechó ese pequeño momento para montar su contraataque, pero ella se defendió de los tres sablazos y le enterró la espada en la cadera, luego le destrozó la cara con un espadazo horizontal.

El tercero atacó de nuevo con vigor. Ella retrocedió, sabiendo que pronto estaría entre la espada y la pared, poniéndola en desventaja. Además, no estaba segura si este era el último de los enviados a matarla, o si le esperaba otro más, o dos más, o tres. Si en la sala la esperaban varios más, estaba perdida.

Lanzarse por la ventana no era opción. Se encontraba en el segundo piso de la muralla, y puesto que era una muralla alta, mínimo se rompería un tobillo, si no las dos piernas.

Para evitar verse arrinconada, saltó sobre la cama y al otro lado del cuarto. Su atacante, inteligente, se puso entre ella y la salida.

Por fortuna, ningún otro había entrado, lo que probablemente significaba que eran solo tres bribones, a menos que más vinieran en camino.

Estos no eran soldados. Eran asesinos..., ¿a sueldo?

—¿Dónde está, maldita blasfema? —dijo el hombre. Ya podía verlo mejor. Tendría unos cuarenta años, así que un hombre ya maduro, con una barba negra que descendía por su cuello. Su espada era curva, como la que usaban los garrajeños, aunque no tenía las facciones de las tribus del sur.

—Voy a matarte —le dijo Alina.

—Dámelo y te perdonaré la vida.

Alina sonrió:

—Mira a tus dos amigos. Estás a segundos de terminar como ellos. Piensa en tu familia; ¿quieres verlos de nuevo?

—Acabas de matar a mi familia, a mis hermanos.

—Entonces reúnete con ellos en el infierno.

—Mejor que me des el medallón. Si me matas, vendrán mis hermanos por ti, nunca te dejarán en paz.

—¿Tus hermanos?

El hombre levantó el puño de su mano izquierda. Entonces vio que llevaba una pulsera y, aunque no podía distinguir el color, podía apostar que eran piedras verde esmeralda.

Runaritas, se dijo.

—¿Cómo me encontraron?

—Estamos por toda la ciudad. Era cuestión de tiempo. Cometiste un error al regresar, aunque te habríamos hallado en Percoratán. No puedes huir de nosotros, mercenaria. Ese medallón es nuestro.

Maldita sea. Ahora resulta que el medallón es de todo mundo. Del duque. De los Devotos. Ahora de los mentados runaritas.

—Si me lo das, haremos pacto contigo. Un pacto de paz. Kalmideni te dejará en paz.

—Cuentos de hadas. Ese hechicero es producto de su imaginación.

—¿De nuestra imaginación, eh? No, mercenaria. Runar no es un cuento. Runar ya está aquí.

Repentinamente ya tenía a su enemigo enfrente, alcanzó a brincar a la derecha y la espada del runarita dio contra la pared, lanzando chispas. Antes que pudiera atacarlo, su enemigo le dio una patada fuerte en el muslo que le dejó la pierna medio dormida y por poco la manda al suelo.

Una patada. Me dio una cucharada de mi propia sopa.

Alina maldijo y atacó. Este era mejor contendiente que sus otros dos «hermanos», y los golpes que daba con la espada venían con tremenda fuerza. Pero en el esgrima, la fuerza no siempre es ventaja, y Alina sabía usar la fuerza de su contrincante para su propio favor. Así que cuando el runarita hizo descender el acero, ella esquivó y le encajó el filo en el cuello.

No lo decapitó, pero la espada entró hasta las vértebras. El hombre musitó algo y se llevó la mano izquierda a la herida, todavía blandiendo su arma en la derecha.

Alina le enterró la espada en el pecho, la sacó y, para rematarlo, le dio otro hachazo fuerte en la sien, reventándole el cráneo y salpicando el suelo de sangre y masa cerebral.

—Diosa Madre —dijo jadeando, e hizo la señal de la invocación, agradecida por seguir viva y sin un rasguño.

Iba a sentarse en su cama para recuperar el aliento, pero recordó a misri Galuni.

Con cautela salió de su habitación, preparada para alguna emboscada.

Reinaba el silencio.

Entró en la habitación de la misri, pero como se lo temía.

Estaba muerta.

Apuñalada. El camisón blanco teñido de rojo. Tenía los ojos abiertos, llenos de terror, y la boca igual, como lista para gritar.

Alina se estremeció.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sintió un peso que se le venía encima, una opresión en el pecho.

Estaba muerta por su culpa. Los asesinos venían a por Alina, y la anciana era el daño colateral. ¿Qué había hecho para merecer una muerte así? Una mujer dedicada al servicio de otros y al servicio de la Madre.

Alina le cerró los ojos, hizo la señal de la invocación y rezó:

—Que la Diosa, en su misericordia, reciba tu alma en gloria. Así sea.

Se quedó allí, con los ojos cerrados, respirando fuerte, entre furiosa y terriblemente entristecida.

Tengo que salir de aquí. Este lugar está obviamente comprometido.

Pensó en el Benefactor.

¿Me habrá traicionado? ¿Será él quien está detrás de este ataque?

Pensaba que no, pero era imposible saberlo. Si el Benefactor vino a advertirle precisamente que su vida estaba en riesgo, sería una estupidez que él mismo mandara a los runaritas a matarla. No, quizás lo habían seguido.

Sea como sea, debo salir de aquí.

Regresó a su habitación y se puso una túnica limpia. Sacó el medallón del cofre y lo contempló.

En realidad era un medallón sencillo, de oro liso, sin ninguna inscripción excepto un ojo grabado en el metal. El cordel, una cadena delgada, era de oro también. Se lo colgó en el cuello, oculto bajo su túnica café.

De la cocina tomó algunas provisiones, metiéndolas en un bolsón café que se colgó al hombro, la correa atravesada por el pecho: un odre con agua, carne seca, frutos secos, un pequeño vial con aceite y otro con un ungüento.

En el recibidor vio que la puerta estaba emparejada. Los runaritas lograron abrir el candado, que era grande. No sabía cómo lo lograron, y sin hacer ruido.

¿*Hechicería?*, se preguntó. Hace no mucho tiempo se habría reído de un pensamiento como ese, pero ahora ya no. Había visto cosas inexplicables.

Se puso las botas, sus guantes, el talabarte con la daga, envainando también su espada. Una bufanda, luego la capa gruesa.

¿Adónde ir?

Solo se le ocurría un lugar al cual podía llegar a resguardarse.

Si era la voluntad de la Madre, llegaría hasta allí con vida.

7. UNA ENCERRONA

SORNE ADIRAM SALIÓ del templo redondo junto con su escuadrón de seis soldados.

A lo lejos se escuchó el gongo del principio de la cuarta vigilia, lo que les daba aproximadamente tres horas más de luz antes del amanecer.

El frío se intensificaba, por lo que andaban con los capotes gruesos de piel que llevaban por encima de la coraza, espada al cinto pero sin escudos. Dos de los soldados portaban arcos.

Los soldados marchaban somnolientos, pues los despertaron para salir en la misión.

Tendremos tiempo para dormir en el reino eterno, pensó el capitán Devoto. Aquí en la tierra habrá que madrugar cuando sea necesario.

Y vaya que era necesario en esta ocasión. No iba a perder la oportunidad de atrapar a la mercenaria. Además, hacerlo de madrugada era mejor, pues las calles de la ciudad estaban vacías en lugar de atascadas de personas, mulas, caballos y carretones.

Caía un poco de nieve. La ciudad se veía fantasmagórica, con sus casas de teja pintadas de blanco, asimismo las torres, templos y edificios.

Adiram se sentía orgulloso de ser el capitán Devoto de toda la ciudad de Xulde. Había nacido en un pueblo pequeño al sureste de la capital, de padres estrictamente religiosos. En su infancia su familia se mudó a Zurmeldán, en donde su padre se convirtió en un poderoso prestamista.

Cuando Sorne Adiram les dijo a sus padres que había sentido el llamado a dar su vida a la Iglesia ungida, ellos respondieron con inmenso orgullo. Él era el segundo de tres hermanos y dos hermanas, y su hermana más pequeña ya había hecho votos para ser ungida.

Para su padre, Nardo Adiram, tener dos hijos entregados a la enseñanza pura era motivo de gran alegría. Por medio de sus contactos en la ciudad, y gracias a un generoso donativo, su padre logró colocarlo como sargento segundo en el regimiento Devoto en Zurmeldán. Un par de años después fue ascendido a sargento primero. Tuvieron que pasar doce años de mucho esfuerzo para que fuera nombrado capitán. Lo enviaron primero con unos pocos hombres hacia la llanura, a ese lugar sin ley, lleno de ladrones y blasfemos. Fue allí donde comenzó a ganarse su fama como de un hombre estricto, completamente devoto, pero también despiadado.

Y es que así se debía lidiar con blasfemos y herejes: con todo el peso de la ley de la Diosa.

La ley y la espada. Esa era su guía, su norte, su mapa.

Todos los guerreros de la Santa Devoción hacían voto de celibato. Por un tiempo pensó que sería difícil para él seguir dicha regla, pues era un hombre bien parecido. Incluso ahora, a sus cuarenta y tantos años, las mujeres no le quitaban la vista de encima cuando andaba por la calle, incluso las más jóvenes.

Y sí, la Diosa Madre sabía que ese voto de castidad él no lo había seguido de manera rigurosa. También tenía sus debilidades, y por lo menos una o dos noches al mes salía a la ciudad a buscar compañía...

Pero la Madre era perdonadora. Además, siempre purgaba sus pecados con una ofrenda y, en algunos casos, por medio de la flagelación y mortificación de la carne.

Doblaron a la izquierda y continuaron por uno de los muchos callejones adoquinados de la ciudad.

La emboscada lo tomó por sorpresa. En sus años en Xulde jamás habían sufrido ataque

dentro de la ciudad misma. ¿Quien se atrevería a semejante locura? Ah, pero estos eran tiempos de locura.

Sintió un impacto en el pecho. Era una flecha que atravesó su abrigo pero rebotó en la coraza. En esa fracción de segundo dio gracias a la Madre por traer esa protección, pues había estado apunto de decirle a sus soldados que salieran solo con cota de malla, para facilitar su movilidad. Era prácticamente imposible que una flecha atravesara una coraza, no así con la cota. Con la cota era una cuestión de suerte.

La suerte no estuvo del lado del cabo que marchaba a su izquierda, pues una flecha se le incrustó por encima de la ceja y se desplomó en el suelo mientras que el sargento primero, llamado Burdán y que iba a su derecha, gritaba que esta era una emboscada.

Cuatro espadas desenvainaron y dos arcos encajaron flecha con la rapidez esperada de monjes guerreros entrenados en combate.

Volaron otras cinco o seis flechas más, tanto de un bando como el otro, pero ninguna atravesando la armadura de los guerreros de la devoción, aunque sí matando a un contrario.

De la oscuridad salieron sus enemigos, bastante valientes para atreverse a cruzar aceros en lugar de continuar con la encerrona desde la oscuridad.

Adiram no supo cuántos eran porque de repente ya tenía a un par de ellos encima, que lanzaban gritos además de sablazos, de los cuales se defendió hábilmente, aunque uno de ellos logró darle en el hombro pero sin atravesar las hombreras.

Burdán vino en su auxilio y le partió la nuca a uno, cuya cabeza se sacudió con violencia antes de caer al suelo. El otro, al ver a su compañero caído, retrocedió sorprendido, pero no huyó. Más bien remontó una ofensiva desesperada, y cuando levantó la espada, Adiram y Burdán le introdujeron las cuchillas en el pecho.

—¿Quiénes diablos son estos hijos de la... —alcanzó a decir el sargento antes de recibir una puntada en la espalda. De nuevo, la coraza fue la salvación. Burdán se giró pero su contrincante, que además de espada llevaba un mazo, le alcanzó en la barbilla y lo mandó dando tumbos hacia atrás, al suelo.

Ese mismo atacó luego al capitán, quien primero desvió el espadazo y después con un fuerte golpe horizontal convirtió en astillas el mazo de madera. Las espadas chocaron de nuevo, al mismo tiempo que el sargento, con la sangre descendiendo por su barba pero vivo, se puso de pie. Juntos hicieron retroceder al encapuchado, que aunque se defendió valientemente, al final terminó en el suelo desangrándose.

El ataque terminó tan rápido como había iniciado.

En el suelo un soldado Devoto, con la flecha enterrada en la cara, y cuatro enemigos. El resto, fueran cuantos fueran, se dieron a la fuga.

—Reporte de heridas —dijo el capitán.

Todos estaban bien, excepto el muerto. La herida del sargento, aunque sangrona, era superficial.

—Lo que nos faltaba —musitó el capitán, enojado. Esto retrasaba todo. Ahora tenían cinco cadáveres que no podían dejar tirados. Causaría tremendo escándalo, mucho más si se llegaba a esparcir la noticia que un devoto perdió la vida dentro de las murallas.

El sargento se arrodilló junto a un muerto y, mirando al capitán, dijo:

—Mi capitán, mire esto.

—¿Qué es?

—Traen la pulsera de los herejes.

—¿Los runaritas?

—Sí.

—Maldito sea el Espectro.

Todos los soldados hicieron la señal de la invocación.

Si había algo que el capitán odiaba más que a la mercenaria, eran los runaritas. Esos parásitos debían ser erradicados por completo, y le frustraba que por más que intentaban deshacerse de ellos seguían apareciendo por la ciudad y por el reino. Un montón de herejes seguidores del Espectro y de uno de sus supuestos profetas, un antiguo hechicero ya muerto llamado Runar de Kalmideni.

Los rumores llegaban de que ese hechicero había resucitado. Pero no eran más que tonterías supersticiosas.

Poniéndose de pie, dijo el sargento:

—¿Qué hacemos, mi capitán?

—Ustedes cuatro —dijo apuntando a los cabos— están encargados de deshacerse de los cuerpos y regresar a nuestro compañero al templo, donde le daremos una sepultura. Quiero que actúen lo más rápido posible, no dejen que nadie vea que uno de los caídos es nuestro. ¿Queda entendido?

—Sí, mi capitán —le respondieron.

—Burdán, tú vienes conmigo.

—Sí, mi capitán.

—Atiéndete esa herida, rápido. Iremos a buscar a esa maldita mercenaria, porque al parecer no somos los únicos que la quieren muerta.

—¿Cree que esto tiene que ver con ella?

—No tengo ni la menor duda.

8. UNA INVITACIÓN

ANDUVO CON CUIDADO. No vio a nadie que la siguiera.

El convento de siana Vialledani estaba dentro de la ciudad hacia el este. Aunque no era grande, la estructura era bella, con murallas externas altas color blanco que resguardaban el claustro, el templo, los dormitorios, la cocina, entre otros edificios menores.

Todavía no amanecía, por lo que la puerta única de acceso al convento estaba cerrada. Tampoco tenía manera de comunicarse con su amiga, siana Larani, que era parte de las ungidas que practicaban su devoción a la Diosa dentro de esas paredes. La orden no era ermitaña, pero Larani salía con poca frecuencia puesto que dentro estaba bien protegida por la abadesa, quien era amiga cercana de Jezba, la madre visora de Xulde.

Fue fácil escalar la pared externa por una de las esquinas. La estructura era antigua, y la piedra con el tiempo se desmoronaba en diferentes puntos.

Estando ya del otro lado fue hacia los dormitorios. Quería hablar con su amiga antes del cántico del amanecer, el cual comenzaría pronto.

Sabía bien cuál era la celda de su amiga, y por fortuna era una de las habitaciones pequeñas, por lo que dormía sola, sin compañera.

Al llegar hasta la puerta, observó que luz emanaba por el umbral.

Alina tocó dos veces a la puerta, suavemente. Al principio, nada..., así que repitió y escuchó la voz de su amiga que, casi en un susurro, dijo:

—Adelante.

Abrió la puerta. Siana Larani estaba arrodillada en el reclinatorio, leyendo un libro a la luz de una lámpara.

Al verla, Larani abrió los ojos grandes:

—¿Alina? Por la unción, ¿qué haces aquí?

—Vengo a visitarte —le dijo sonriendo.

Larani se puso de pie y la abrazó fuerte, agregando:

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Estoy bien.

—¿Quién te busca?

Larani siempre tenía buena intuición. Había sido la madre ungida de un templillo a las afueras de la ciudad que terminó incendiado por culpa de unos bandidos. Después de ser raptada por ellos y rescatada por Alina, las dos se enfrascaron en una aventura en la cual por poco pierden la vida. Al final, la madre visora de Xulde mandó a Larani al convento, en parte para protegerla, en parte para mantenerla quieta, pues era una mujer inteligente, valiente y bella, y no tenía problema en meterse en aprietos cuando la situación lo ameritaba.

—¿Cómo sabes que alguien me busca? Quizás solamente vine a fumar pipa y hablar teología.

Larani se encogió de hombros:

—Si es así, diría que tu noción de tiempo y decoro es bastante deficiente.

—¿Entonces este no es un buen tiempo? Válgame.

—Como dicen los *Cinco libros*: «El que a su amigo visita de madrugada, por maldición se le contará».

Alina se tapó la boca para no soltar una carcajada, la cual despertaría a alguna ungida malhumorada.

—Ven, amiga, siéntate aquí —le dijo tomándola por la mano y sentándola junto con ella en el borde de la cama—. Dime, por favor. Sabes que puedes contarme cualquier cosa. ¿Estás en aprietos?

—Podría decirse. Si por aprietos te refieres a que me busca el duque, el capitán de los Devotos, y los runaritas.

Larani tenía cara de estupefacción, la boca medio abierta:

—¿Lo dices en broma?

—Lo digo en serio.

—¿El duque, los Devotos y los runaritas?

—Por lo menos que yo sepa. No me sorprendería si tengo a más gente buscando rebanarme el cuello.

—¿Y por qué? ¿Qué hiciste...?

—Todo por esto —dijo sacando el medallón que brilló a la luz de la lámpara.

—¿Un medallón?

—Así es. ¿Recuerdas que te hablé de aquella misión por la cual huí de la ciudad junto con Josfat, Roamán y Pitt?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Pues esta es la razón.

Por los siguientes minutos, Alina puso al corriente a su amiga ungida sobre la situación. No le ocultó nada, ella era la persona en la cual más confiaba; aunque era cierto que ni siquiera Larani sabía todos los secretos de su pasado. De todas maneras, confiaba en ella.

Cuando llegó a la parte sobre la muerte de misri Galuni, Larani lanzó un grito ahogado y los ojos se le llenaron de lágrimas. Al terminar el relato, siana Larani se puso de pie y se paseó por la celda, caminando en círculos, con las manos en la espalda, pensativa.

—¿Estás segura que no te siguieron aquí?

—Estoy segura. Tan segura como se puede estar.

Sin embargo, tanto el Benefactor como los runaritas me encontraron.

—Bien, bien —dijo la joven siana—. Lo primero es encargarnos de darle ungida sepultura a misri Galuni. Fue una buena mujer. Yo me encargaré de eso.

—Gracias.

—Lo segundo, la gran pregunta es: ¿qué hacer con ese medallón?

—Lo sencillo sería deshacerme de él, o volver a huir de la ciudad. Pero supongo será más difícil que la última vez, y que los caminos estarán todos bien vigilados.

—Sería difícil salir, pero no imposible.

—Sí.

—Pero se me ocurre otra opción. Una vía media, digamos —dijo Larani.

—Te escucho.

—¿Conoces a la dama de Galena?

—¿Que si la conozco? No la conozco, pero he oído hablar de ella como todo Xulde. No me digas que..., ¿tú la conoces?

Larani se encogió de hombros:

—Algo así.

—¿Conoces a la dama de Galena?

—No sé si *conocer* sea a la mejor palabra...

—¡Por la unción, Larani, tú sí te codeas con la crema del reino!

—Bah —dijo, como si no fuera la gran cosa.

La dama de Galena era una de las ciudadanas más notorias de Xulde. Había llegado a la ciudad unos diez años atrás, y nadie sabía exactamente de dónde procedía, aunque el rumor es que era Saldel o de Acós. Puesto que era una mujer hermosa, de cabello negro y piel de bronce, había quien afirmaba que sus orígenes estaban en las tribus garrajeñas. El último rumor es que era la esposa de un pirata de la Isla del Dragón.

Evidente era su inmensa riqueza, pues al llegar a la ciudad compró un castillo abandonado en una isla pequeña al suroeste del muelle. En cuestión de un par de años remodeló por completo el castillo, convirtiéndolo en uno de los lugares más lujosos del reino.

Con frecuencia auspiciaba espléndidas fiestas de varios días, invitando a personas selectas no solamente de Xulde, sino de todas partes del reino, pagando incluso la travesía de sus invitados. Nobles, guerreros, religiosas, eruditas, poetas, mercaderes..., la lista de sus invitados era diversa.

Sin embargo, era una mujer excéntrica y privada, por lo que incluso en sus fiestas solo aparecía de repente para saludar a alguno de sus huéspedes o conversar con uno de ellos en el jardín, cuando menos se lo esperaba. Los rumores eran que el castillo estaba lleno de pasadizos secretos que la dama utilizaba liberalmente para aparecer y desaparecerse. Según se decía, uno podía ir al castillo por toda una semana a una de las fiestas de la dama sin verla una sola vez.

—¿Y de qué manera va a ayudarme la dama de Galena?

—Como habrás escuchado, ella es una coleccionista implacable.

—Sí, lo sé. Lamentablemente nunca he interactuado con ella en persona, aunque sospecho que el Benefactor y ella han tenido muchos tratos en el pasado.

—Probablemente. No me sorprendería.

—¿Ella podría ayudarme?

Larani se quedó pensativa por un momento, sus pupilas moviéndose de un lado a otro:

—Creo que sí. Es una mujer privada, discreta, y con muchos recursos. Ella podría, como mínimo, recomendarnos qué hacer con el medallón.

—¿Podemos confiar en ella?

—Sí. Todos mis tratos con la dama han sido excepcionales.

—Quizás ella pueda guardarlo, o incluso comprarlo. Aunque no estoy segura de querer venderlo. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—¿Cómo vamos a comunicarnos con ella? ¿Siquiera sale de su castillo?

Los ojos de Larani brillaron. Se acercó a su buró, del cual sacó un sobre blanco con un sello ya roto. De adentro sacó una hoja y se la dio a su amiga.

Alina leyó:

Querida Larani:

Estás cordialmente invitada el primer día de la primavera al castillo de Galena.

Puedes traer un invitado.

Sinceramente,

D. d. G.

—¡Diosa Madre! —dijo Alina mirando el pedazo de papel, incrédula—. ¿Has sido invitada a una de sus fiestas? ¡Por la santa unción!

—Sí. Siempre es un privilegio ser invitada.

—¿Quieres..., quieres decir que no es la primera vez?

—Esta es la sexta.

Alina por poco se le sale una colorida blasfemia, pero alcanzó a dejar la maldición atorada en sus labios por respeto a su amiga y al lugar santo en el que se encontraba.

—Y dime, ¿son las fiestas tan extravagantes como dicen ser?

—Diez veces más de lo que te imaginas.

—¡Buá! ¡En serio!

—En serio.

—¿Crees que haya problema que te acompañe?

—No. A la dama le dará gusto. Nunca he llevado un invitado, aunque siempre me ha dado la opción. No a todos se les da la oportunidad de llevar a alguien más. Y nadie se atrevería a llevar un invitado sin que la dama diera el permiso.

—El primer día de la primavera..., falta un mes.

—Sí. Puedes quedarte aquí. Estarás a salvo, y la abadesa no tendrá problema con ello. Le caes bien.

Alina sonrió:

—Me parece bien.

—De todas maneras, estemos donde estemos, permanezcamos alerta.

—Y con una daga cerca.

9. UNA VISITA

EL CAPITÁN SORNE Adiram salió del comedor y anduvo por el jardín central hacia la torre donde estaba su cámara, su lugar de estudio y planeación. Nevaba con fuerza.

Gracias al donativo recibido por el duque, las comidas eran mejores últimamente. Menos sopa y más carne. Aunque hoy fue una mezcla de ambas: sopa de carne molida. Bastante buena. Y el vino, aunque rebajado, le alegró un poco la tarde. Las tres comidas del día se hacían en comunidad, todos los monjes juntos, sentados en mesas largas acomodadas a lo largo. La excepción era una mesa más pequeña, puesta a lo ancho y en la cabecera del comedor donde se sentaba el capitán, el sargento primero, el capellán, el secretario, el tesorero y el maestro de novicios.

Normalmente trabajaba en su despacho desde la comida hasta el cántico de víspera, antes del anochecer. Tenía mucho trabajo que hacer. Había estado aplazándolo, pero era imprescindible enviar el reporte de la semana al Gran Maestre de la Orden, en Zurmeldán.

Tendré que incluir la muerte de uno de mis soldados hace casi una semana.

No podía ocultarlo, no del Gran Maestre. Ya lidiaría con ello. Anticipaba lo que el líder de la orden le respondería, sorprendido de que un soldado muriera dentro de la ciudad, cosa terrible. Le recomendaría absoluta discreción, por supuesto.

Hasta ahora nadie parecía haberse enterado al respecto. Estaba seguro que si la noticia llegaba a los oídos del duque, ya se lo habría dejado saber. Aunque al duque y gobernador le gustaba mantener sus cartas cercanas al pecho.

Subió las escaleras de caracol hasta llegar a su cámara, cuya chimenea estaba siendo encendida por uno de los sirvientes del templo redondo, un joven de cabello rojo.

Al sentarse detrás de su escritorio tomó la pluma y al destapar el tintero y meter la punta, se sorprendió al encontrar que la tinta se había congelado.

—¿Pero qué...?

Encolerizado se puso de pie, tomó el tintero y lo lanzó contra la pared, cerca de la cabeza del siervo.

El joven, sorprendido, se quedó inmóvil, mirando al capitán con temor.

—¡Tráeme otro tintero!

—Inmediatamente, mi capitán.

—¡Rápido, que tengo el tiempo medido!

El joven salió prácticamente corriendo.

Adiram se sentó de nuevo, malhumorado. Un dolor de cabeza le comenzaba en las sienes. Cerró los ojos, reposó los codos sobre el escritorio, y se hizo un masaje con las yemas de los dedos.

Había sido su propia culpa por no guardar el tintero en el armario. El frasco de vidrio se había quedado la noche entera afuera, con las temperaturas gélidas.

—Maldito invierno —se dijo.

Los últimos días habían sido decepcionantes. Buscaron a la mercenaria por toda la ciudad, sin éxito. Lo mismo con los seguidores de Runar, que al parecer regresaron a sus escondites. Ya no se atrevieron a atentar de nuevo contra soldados de la devoción.

Ojalá lo hicieran, para irlos exterminando, aunque sea uno a uno.

Adiram sospechaba que la mercenaria se escondía junto con su amiga la madre ungida, pero era imposible entrar al convento sin el permiso de la abadesa. Técnicamente, la abadesa tenía autoridad sobre él, y no al revés. De todas maneras, dejó un espía apostado, por si veía a Araluz entrando o saliendo.

El siervo regresó con el tintero, el cual dejó en la esquina de la mesa. Detrás de él venía el sargento Juante.

—Mi capitán, tiene una visita.

—¿Una visita? ¿De quién?

Diosa, que no sea el duque. O un enviado del Gran Maestro.

—Es una madre ungida. Dice venir desde lejos, del valle de Hinaram.

Oh, finalmente ha llegado. Espero sean las noticias que necesito.

—Déjala pasar inmediatamente. Que venga al instante.

Poco tiempo después entró la mujer, cubierta en un pesado manto gris, el cordel rojo en la frente. Era una anciana de piel arrugada y cabello completamente blanco y despeinado. Andaba encorvada, caminando con la ayuda de un palo de madera retorcido.

El capitán se puso de pie y se inclinó ante ella.

—Siana Dibá. Me honra con su visita.

La mujer tomó asiento.

—Ha sido un viaje largo, hijo mío. ¿Ni un vaso de vino me ofreces?

—Perdóname, madre.

Fue hacia el buró de la esquina, donde el siervo había dejado una garrafa con vino rebajado. Sirvió una copa y se la ofreció a la siana, la cual se sorbió la mitad de un trago.

—Ahhh..., lo necesitaba —dijo—. El viaje desde Oamande es largo y pesado.

—¿Espero que mi guardia la haya tratado bien?

—Muy bien, hijo mío, muy bien. El sargento es un cabeza hueca, pero cumplió con su labor.

El capitán había invertido unos buenos talanes en enviar una guardia de siete soldados hasta ese pequeño pueblo norteño, para dar un mensaje personal a la madre ungida, esperar el tiempo que ella dictara, y luego encaminarla a Xulde con el resguardo de los Devotos.

—¿Ningún problema en el camino, espero? —preguntó el capitán—. Los ladrones andan como si no hubiera ley.

—Nunca pensé vivir tiempos como estos, con ladrones y blasfemos por todos lados. El valle de Hinaram se convertirá en la llanura, a menos que se haga algo. Y tampoco hay Devotos allá que nos protejan.

—Me encargaré de hacérselo saber al Gran Maestro, siana.

—¡Bah! A ese cabeza de nuez le importa poco lo que suceda en los pueblos. Solamente le interesa quedar bien con el rey y recibir dinero de la Iglesia.

Una sonrisa se dibujó en los labios del capitán. Pocas personas se atreverían a hablar así del Gran Maestro. Al parecer, a siana Dibá poco le importaba el decoro.

La siana se tragó el resto del vino y dejó la copa sobre la mesa, mirando al capitán con una ceja enarcada.

Adiram intuyó el gesto y pronto rellenó la copa.

Mejor darle el tiempo que necesita. A esta mujer le gusta hacer las cosas a su manera.

—Así que estuve investigando —dijo la madre ungida finalmente—. Soy una mujer ocupada, capitán. Hay pocas madres ungidas en el norte, por lo que oficio veneración en varios pueblos.

—Espero que la..., ofrenda que le envíe sea suficiente para cubrir la molestia.

—Fue suficiente, sí. Aunque, si soy sincera, he comenzado una nueva misión en las faldas de las montañas rojas. Estoy levantando fondos para construir un templo.

—Le puedo asegurar, madre, que sería un privilegio para la Orden de la Devoción en Xulde apoyar dicha misión.

—Unos cinco mil talanes serían suficientes.

¿Cinco mil? Vaya, una mujer ambiciosa. ¿Y cómo saber si ese dinero terminará en una construcción, o en el bolsillo de la siana?

—Me parece razonable —dijo el capitán.

—Eso también pensé yo, hijo mío. Por lo que entiendo, necesitas información sobre una pueblerina de nombre Alina Araluz, de Oamande.

—Así es, madre. Sospechamos que ella no nació allí.

—Estuve revisando nuestros registros cuidadosamente. No solamente en Oamande, sino en Aladón, Virande, y en Juladén. No existe registro de Alina Araluz.

—Mandé con la guardia un retrato dibujado de la mujer que busco. ¿Nunca fue al templo cuando usted estaba allí?

—Nunca fue al templo. La habría reconocido.

—Vaya.

—Sin embargo, encontré algo muy interesante. En Oamande hay una familia de granjeros que viven a las afueras del pueblo, en las faldas de la montaña, por lo que rara vez descienden para el oficio de veneración, excepto en las fiestas. Son gente solitaria. Un hombre, su esposa, sin hijos. Ya son grandes de edad, y el varón comienza a divagar, ya sabe, por la vejez.

—Sí.

—Aunque su esposa intentó impedirlo, logré sacarle algo. Me dijo que hace años hospedaron a una joven.

—¿Qué?

—Una joven que coincide con su descripción. Excepto que era montanera. Estuvo con ellos medio año, y antes de que se marchara, les dijo que era del clan Hara'lutze. Y que su nombre era Haliná.

¿Haliná Hara'lutze? Eso suena a...

—Alina Araluz —dijo el capitán, los ojos brillando—. Por la santa unción. Entonces no es zurmeldana.

—No. Si es montanera, significa que es...

—Una hereje.

—Así es, capitán —dijo la siana tomando la copa y lamiéndose los labios—. La mercenaria que busca es una vil, mentirosa y astuta hereje.

PARTE II



10. UNA ISLA

EL CASTILLO DE Galena se veía imponente en la isla. Una construcción gris con murallas altas, y adentro el castillo de tres torres, la de en medio más alta. En la bruma de la mañana parecía estar embrujado.

Me pregunto qué será vivir en un lugar así, se dijo Alina. Tener todo un castillo para mí sola. Con sirvientes para hacerme la comida, y todo el tiempo del mundo para leer.

A veces le era difícil imaginar cómo era posible que algunas personas tuvieran tanto dinero. No solamente mucho dinero, sino riquezas exorbitantes.

Pero luego recordaba que el reino de Zurmeldán era regido por nobles sin escrúpulos, políticos ambiciosos, y una clase real más interesada en mantener su estatus que en gobernar el reino con justicia.

—¿Lo habías visto antes? —le preguntó siana Larani, que iba junto con ella en la barquilla, la cual navegaba un anciano usando un par de remos.

—Nunca. Me sorprende que esté tan cerca de la costa.

—Así es. Media legua de distancia, cuando mucho.

Comenzaba el crepúsculo del amanecer. Salir de la ciudad fue un reto interesante. Pero al parecer la dama de Galena tenía en su bolsillo a algunos de los porteros. El día de ayer Larani había recibido dos cartas, una con instrucciones y la segunda con dos palabras y un sello púrpura. Las dos palabras eran: *Bendita veneración*.

Eran, sin duda, la seña para darles el paso. Así que por la madrugada salieron en dirección sur, bien abrigadas, siguiendo las instrucciones de salir por la Puerta del Corral, y al ser detenidas por los soldados les dieron la carta. Uno de ellos, un soldado de bigote grueso, al ver la carta, rápidamente la guardó en un bolsillo de su túnica y se hizo a un lado sin siquiera mirarlas.

Salieron, tomaron la vereda empedrada al oeste, donde el hombre y su barquilla esperaban no lejos del antiguo faro.

De allí navegaron hacia la isla que, aunque pequeña en comparación de otras, se miraba bastante grande en la opinión de Alina. Tuvieron que rodearla hasta llegar a una playa angosta al suroeste, rodeada por acantilados. Allí desembarcaron.

Las instrucciones decían explícitamente que no tenían permitido llevar valijas. Tampoco armas. Solamente la ropa que trajeran encima. «Se les proporcionará ropa adecuada», decía la carta.

Alina se vio tentada a llevar por lo menos una daga escondida en sus ropas, pero su amiga le aconsejó en contra de ello. Por lo menos se puso túnica, cinto grueso, botas, y una buena capa.

—Si lo haces, la dama se dará cuenta —le había dicho Larani—. Y si no sigues las instrucciones, te expulsará de la isla. Lo ha hecho antes.

—Pero ¿cómo me va a descubrir, si la llevara debajo de mi cinto? —le respondió, en referencia a traer consigo una daga.

—Lo descubrirá. Todo lo que sucede en esa isla, ella lo sabe.

—Eso es imposible.

Larani se había encogido de hombros. Al final, Alina no llevó consigo arma alguna.

Caminaron por la playa y fueron recibidas por un hombre delgado, con bigote fino, vestido

con una túnica negra, de rostro afilado y sombrío. Con ambas manos cargaba un pedazo cuadrado de madera, que parecía ser algún tipo de maletincillo.

—Mi nombre es Malum, mayordomo del castillo. Sean ustedes bienvenidas. La dama de Galena está complacida por su visita.

Abrió el maletín. Adentro, dos antifaces. Uno se asemejaba a un búho, el otro una leona.

—Tomen un antifaz —les dijo.

—¿El que queramos? —preguntó Larani.

—Sí. Elijan.

La siana tomó el de la leona, que tenía colores amarillos opacos y cubría la mitad superior de la cara. A Alina le dio gusto esa elección, porque el antifaz que le llamó la atención era el del búho, color negro con retoques blancos cerca de los orificios para los ojos. El pico le taparía parte de la boca y era también de color negro. Las cejas eran plumas largas y elegantes que ascendían en forma de uve. Los orificios estaban recortados de manera tal que le otorgaban cierto aspecto de ferocidad a la careta.

—En todo el tiempo que salgan de sus habitaciones tendrán que usar la máscara, sin excepción —continuó el mayordomo—. Además de eso, no usarán sus propios nombres, sino que se referirán a ustedes mismas, y a los demás, por la careta que lleven. ¿Queda eso claro?

Ambas asintieron.

—No seguir las reglas pudiera significar su expulsión inmediata, a discreción de la dama.

El mayordomo hizo una pausa, esperando algo.

—¿Debemos ponérmolas ya? —preguntó Alina.

—Inmediatamente.

Lo hicieron. El hombre se dio la media vuelta y anduvo. Lo siguieron hasta llegar a unas escaleras de piedra que serpenteaban hacia arriba por el acantilado.

Llegaron a la cima con un ligero dolor en las pantorrillas.

Desde allí, Alina vio un poco la composición de la isla. Frente a ellas un claro extenso que terminaba en una zona boscosa que ascendía, con el castillo en la punta. Hacia el sureste una muralla que continuaba hasta terminar en un faro de buen tamaño.

Un camino adoquinado cruzaba el claro y se perdía en el bosque. Por allí siguieron al mayordomo, y al llegar a los árboles fueron subiendo por escalones de piedra.

Por la santa unción, ¿cuántos escalones son?

Con la respiración pesada y el dolor en las piernas extendiéndose, llegaron finalmente a la cima.

Frente a ella un hermoso jardín, con flores de todos los colores además de árboles frondosos, algunos de ellos frutales. Detrás del jardín, el hermoso castillo que con tan coloreado marco quitaba el aliento.

—Impresionante —susurró Alina.

El castillo estaba rodeado por una fosa con agua, en donde nadaban patos y flamingos. Cruzaron un puente levadizo de madera y entraron por el gran portón, franqueado por dos torres y la muralla. El patio interior, una extensa explanada, era otro jardín que incluía estanques de agua cristalina donde nadaban más patos y croaban ranas.

Escuchó un sonido inconfundible a su derecha, y se quedó quieta. En el otro extremo del patio, dentro de un corral alto, vio un elefante.

Era la tercera vez en su vida que veía tan inmenso y magnífico animal.

—Larani..., ¿ya viste eso?

El mayordomo se detuvo y la miró:

—No puede usar ese nombre.

—Perdón. Señorita Leona, ¿ves eso?

—Sí —le contestó Larani—. Hay varios animales aquí adentro, y una pequeña casa de fieras construida en el bosque, cerca de aquí.

—¿Casa de fieras?

—Sí. Hay varias bestias. Leones, un par de osos, lobos, bueyes, toros, ¿qué más? Incluso una jirafa.

—¿Una jirafa? ¿Lo dices en verdad?

Larani asintió.

—Nunca he visto una jirafa. ¡Por la Diosa!

—Si las señoritas me acompañan, lo agradeceré. No tenemos tiempo qué perder, y debo llevarlas a sus aposentos.

Entraron al castillo. En toda su vida jamás había visto semejante lujo. El primer salón era tan grande como un templo mayor, el techo abovedado dejaba entrar luz por unos cristales de colores. Era como estar dentro de un arcoíris. En las paredes colgaban tapetes enormes bordados con representaciones de bosques, jardines y escenas bélicas, además de escudos y armas por aquí y allá. Las columnas eran de mármol con capiteles dorados, y entre columna y columna había estatuas blancas, algunas de humanos, otras de animales.

Salieron por un arco a la izquierda, caminaron por un pasillo hacia la derecha que terminaba en unas escaleras.

Más escaleras, pensó, sintiendo de nuevo el agotamiento.

Por fortuna, no ascendieron mucho, aunque sí recorrieron un par de pasillos más, pasillos largos.

Pasaron por una puerta ancha, que estaba abierta, siguieron por allí hasta que el mayordomo se detuvo frente a una puerta de madera y dijo:

—Esta es su habitación, señorita Búho. Y aquella —dijo señalando a la contigua—, es la suya, señorita Leona. Las puertas están abiertas, y dentro encontrarán la llave única para su habitación. No pierdan esa llave, pues no hay más.

—¿Ni siquiera tiene usted acceso a las habitaciones? —preguntó Alina.

—Ni siquiera la dama —respondió el hombre—. Se les espera para el desayuno en una hora. Una criada las guiará.

Con eso, se inclinó levemente ante ellas, y se retiró.

Entraron juntas a la primera habitación, la de Alina. Como se lo esperaba, era lujosa. La cama en la esquina era de dosel, las cortinas doradas. El piso de madera, y todos los muebles, tanto los burós, el armario, la mesa y la silla, de madera pulida y brillante. Una lámpara encendida con tulipa de cristal ardía sobre la mesa, cerca de la ventana. La vista daba hacia el bosque más allá de la muralla.

—Mira esto —dijo Larani.

A la izquierda un guardarropa no muy grande, pero de tamaño suficiente para guardar varios vestidos colgados allí, con un armario en frente, y un segundo armario, más grande, frente a la cama.

Alina no lo podía creer. Jamás había vestido algo semejante. Eran hermosísimos, de colores grises o negros. Algunos de seda, otros de terciopelo, otros de lino... unos veinte en total.

—¿Me quedarán? —dijo Alina

—Seguro que sí.

—Pero ¿cómo sabía que yo vendría? Además de mis gustos. Estos son colores que me gusta

vestir.

—Lo mismo pensé la primera vez que vine.

—Nunca había visto tanto lujo en toda mi vida. Creo que ni siquiera lo que alcancé a ver en el castillo del duque.

—Esto no es nada.

—¿No?

—No, señorita Búho —dijo Larani, la sonrisa bajo la máscara—. No es nada.

11. UNA BIBLIOTECA

CUANDO LARANI SE retiró a su propia habitación, Alina se tiró sobre la cama un rato para descansar los pies.

Unción, podía dormir en esta cama un año entero.

Imaginaba que algo así debía sentirse el dormir en una nube. Así debían descansar los reyes. Se habría quedado inconsciente, pero se forzó a permanecer despierta, pensando en lo que significaba estar allí.

Esperaba hablar con la dama de Galena pronto y explicarle su situación. Pero no era tan fácil. No podía simplemente decirle que tenía una reliquia en su posesión, por la cual la buscaban, y necesitaba ayuda para deshacerse de ella. Para empezar, no estaba completamente segura si quería deshacerse de ella. *¡Shejata!* ¿Por qué tanta indecisión? ¿Qué era mejor, al final? ¿Deshacerse del medallón, no? ¿Y si lo llegaba a necesitar? ¿Qué sucedería si la capturaban los Devotos y la torturaban para sacarle la localización del objeto, y no le creían cuando les dijera que se lo había dado a la dama de Galena? No solamente eso, si la dama llegaba a aceptar la reliquia, ya sea que la comprara o la escondiera, imaginaba que uno de los requisitos del trato sería mantener la transacción en secreto. ¿Sería capaz de mantener ese secreto bajo tortura? Era fácil pensar que sí en ese momento, tirada en una cama con edredón de seda. Mucho más difícil cuando le estuvieran arrancando las uñas de la mano.

Se figuró que para el desayuno tendría que ir vestida con alguna de las prendas proporcionadas. Fue hacia el armario. No solamente le dejaron vestidos, sino también unas siete túnicas elegantes. Escogió una de color crema, un color claro que normalmente no llevaría puesto, pero el cinto dorado era tan hermoso que no lo pudo evitar.

Efectivamente, la túnica le quedó perfecta, ceñida a la cintura. Encima de un armario había un espejo redondo con base. Aunque los espejos ya no eran objetos raros como años atrás, seguían siendo costosos. Vio su reflejo, se acomodó el cabello y se ajustó la máscara.

Vaya, se veía bien.

Puedo acostumbrarme a vivir así, pensó.

Entonces se recordó que estaba en la isla por unos días nada más. Larani no le especificó cuántos, pero dijo que normalmente las fiestas de la dama duraban cinco días, máximo siete.

Siete días de vestirse como princesa y comer como reina.

Sí, gracias.

Lo siguiente que hizo fue buscar algún tipo de entrada alterna o pasadizo secreto. No lo pudo evitar. Según el mayordomo Malum, el único acceso a su habitación era por la puerta, con la llave que ella tenía. Pero la llave era pequeña, y la chapa sencilla. Alguien podría forzar la entrada de una buena patada o con una palanca.

La ventana, con cortinas púrpuras, era cuadrada, de una vara¹ por una vara. Tenía hojas de cristal transparente, y se abrían hacia afuera. Estaban en un tercer piso así que entrar por ahí (o escapar por allí) sería difícil, aunque no imposible, por supuesto. Después de todo, ella escaló las murallas del castillo y la torre ducal hacía no mucho tiempo. La traba de la ventana parecía fuerte.

La pared derecha era contigua a la habitación de su amiga, una pared sólida, pintada de color lila suave. No discernía ni siquiera una grieta, mucho menos una entrada.

La pared de la puerta daba hacia el pasillo, y tampoco pudo ver algún acceso. Incluso se asomó detrás de los dos armarios, el grande que estaba entrando a la derecha, y el pequeño que estaba entrando a la izquierda, frente al guardarropa.

La pared de la izquierda es donde estaba el guardarropa, y también colindaba con otra habitación, pero no sabía si ésta estaba vacía o no.

Pensaba que si el cuarto tenía algún tipo de acceso secreto, probablemente sería por el vestidor, lleno de prendas que fácilmente disimularían alguna entrada. Pero no encontró nada.

Parecía que, efectivamente, su habitación tenía una sola puerta, y una sola ventana, y nada más.

Perfecto, pensó. Será más fácil dormir tranquila.

De todas maneras, sería precavida y pondría uno de los armarios frente a la puerta a la hora de dormir. Mejor prevenir que despertar mientras te clavan una daga en el corazón. Uno nunca sabe.

Alguien tocó a la puerta.

Era una criada, una niña de unos doce años con cabello negro y largo con un delantal gris sobre una sencilla túnica oscura.

—Es la hora del desayuno, misri —dijo.

Apenas iba a avisarle a su amiga cuando ella salió de su habitación vistiendo una túnica de un verde pálido, sin mangas pero elegante, con un cinto delgado café. Se había recogido el cabello con un broche, y sus ojos brillaban tras el antifaz.

—Te ves hermosa, amiga —dijo Alina.

—Y tu igual —le respondió, sonriendo.

Siguieron a la criada, bajando escalones y descendiendo por una escaleras de caracol. Se adentraban en las entrañas del castillo.

Alina sentía el cosquilleo en su estómago por la expectativa de ver a la dama o a cualquier otro de los invitados, puesto que asumía que ellas no eran las únicas.

Sin embargo, no vieron a nadie excepto a criados que andaban de aquí allá, por lo menos vio unos seis, tanto hombres como mujeres.

El desayuno se serviría en un cuarto extremadamente sencillo en comparación a todo lo demás que había visto. Las paredes eran grises, de bloques, sin ventanas, iluminado por una antorcha, y en el centro una mesa rústica con dos sillas. Se preguntaba si en el pasado ese cuarto habría sido algún tipo de celda o calabozo.

Sin embargo, a diferencia de una prisión, olía absolutamente delicioso puesto que el desayuno estaba ya servido.

—Pueden sentarse y comer —dijo la criada.

Eso hicieron. Larani elevó una plegaria a la Madre, agradeciéndole por la comida. El desayuno consistía en huevos, un par de tiras de tocino, una ensalada de frutas, pan recién horneado y un plato con diferentes tipos de queso en cuadritos. Para beber, aguamiel.

Se desearon el «buen provecho». Comer con la máscara puesta resultó no ser tan complicado, solamente era de acomodarla un poco hacia arriba, sin quitársela, y con eso era suficiente.

Todo estaba delicioso. *Delicioso*. Rápidamente Alina olvidó que estaba en una especie de celda, y comió de buena gana, conversando con su amiga sobre los vestidos en el guardarropa y sobre cuál usarían por la tarde.

—Por lo que intuyo, la dama no nos estará acompañando para el desayuno —dijo Alina.

—Ni de chiste. Será un privilegio incluso verla para la cena. Rara vez se deja ver.

—Pero si es así, ¿cómo hablaremos con ella, y en privado?

—Buscaremos la oportunidad.

—¿Si la oportunidad no se presenta?

—La buscaremos.

Alina asintió, pensativa. Luego dijo:

—¿Tienes alguna idea sobre el resto de los invitados?

—Ninguna. Habrá que esperar.

—¿Los veremos en la comida?

—En la comida o en la cena. Sin duda alguna, en el baile.

Alina por poco se le atora en la garganta el tocino.

—¿El *qué*?

—El baile. Siempre hay un baile la primera noche.

—¡No sé bailar!

—Ah, vamos, tendrás que saber un poco.

—Ni un poco.

Cuando era pequeña, en las montañas rojas, las niñas danzaban algunos de los bailes tradicionales de la tribu, pero estos eran completamente diferentes a los bailes que acostumbraban los xuldeños.

—Haré el ridículo. No voy a hacerlo.

—Tendrás qué. Te asignarán una pareja.

—¡Por la Diosa!

—No te preocupes, tienes tiempo.

—¿Para qué?

—¡Para aprender a bailar! De aquí a la noche seguro aprendes unos dos o tres pasitos. —Y Larani soltó una carcajada.

Alina puso los ojos en blanco:

—Muuuuy graciosa.

Estaban ya terminando de desayunar cuando entró el mayordomo, con la misma cara larga y una expresión casi de desdén.

—Espero hayan disfrutado de su desayuno, señoritas.

—Delicioso, debo decir —confirmó Alina.

—La comida será informal. Se servirá a partir del mediodía en el comedor principal, y cada invitado podrá ir y tomar sus propios alimentos a la hora que le plazca, y disfrutar de ellos en el lugar que prefiera. El tiempo es libre, y la dama ha dado permiso para que sus invitados conozcan el castillo. Sin embargo, se debe tener cuidado con el bosque, porque es fácil perderse. Antes de meterse el sol será el baile, seguido por la cena. Todos los invitados deberán estar presentes y, las damas, con vestido de noche. ¿Queda todo claro?

—Todo claro —afirmó Larani.

—¿Alguna pregunta, señoritas?

Las dos se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Ninguna —dijo la siana.

Una leve inclinación, y desapareció.

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Explorar un poco? ¿Ver a los animales? —dijo Alina emocionada.

—Adelántate tú. Tengo que escribir unas cartas, primero. Hay papel y tinta en cada

habitación, en el armario. Las cartas salen todos los días, a mediodía, solamente debes dejarla en el buzón del vestíbulo de entrada.

—Qué bueno que me lo dices. Tengo muchas cartas importantes qué enviar. Al duque, otra al capitán Devoto y, de una vez, a Runar de Kalmideni. ¿Crees que se la hagan llegar?

Larani solamente sacudió la cabeza:

—Me preocuparía si sí.

—::—

Alina estaba fascinada con el castillo.

Pasaban las horas mientras recorría sus pasillos. Muchas puertas permanecían cerradas con candado, pero las que no, las atravesaba. El patio interior era cuadrangular y no tan grande como el exterior, pero seguía siendo bello, con una fuente en medio de una vara y media de altura.

Encontró un salón con pinturas al óleo de los dueños del castillo a lo largo de los años, y en la cabecera del salón, en un lugar prominente, un cuadro dos veces más grande que el resto: era la dama de Galena.

Una mujer hermosa, más joven de lo que se imaginaba. Con pómulos prominentes pero delicados, una quijada perfecta, labios gruesos, nariz delgada, ojos grandes. En la pintura —cuyo fondo era una biblioteca— llevaba puesto un hermoso vestido negro con botones plateados, un chal oscuro descendía por sus hombros, y el cabello largo lo llevaba recogido con una diadema plateada que se asemejaba a la corona de una reina, y en ambas manos sostenía un libro.

Alina puso los puños en su cadera.

Joven, bella y rica. Esta mujer lo tiene todo.

Tenía que encontrar esa biblioteca. Asumía que la podría encontrar en el castillo, aunque no estaba segura. Como no tenía un mapa era imposible saberlo con certeza. Debía haberle preguntado a su amiga, pero ella regresó a su habitación.

Así que reanudó la exploración pero esta vez de manera metódica. Hasta ahora el cuarto que más le fascinaba era el gran salón, no solamente porque ser enorme sino también porque las paredes estaban tapizadas de yelmos. Cientos de ellos, de diferentes diseños. Era una experiencia estremecedora, parecía que la observaba un centenar de cabezas flotantes. El techo era de madera, con hermosos arcos que se atravesaban como telarañas.

Pasó el tiempo de la comida, pero no tenía hambre. Ya encontraría alguna fruta para aguantar hasta la cena.

Siguió buscando la biblioteca. Cuando estaba por darse por vencida notó un pasillo angosto y oscuro no muy lejos de una pequeña capilla. Al final del pasillo, una puertecita de madera sin cerrojo.

Entró. Era la biblioteca.

Si el salón de los yelmos la impresionó, la biblioteca le quitó el aliento.

No era tan grande como aquel salón, pero eran literalmente dos pisos de libreros llenos de libros. La luz entraba por seis ventanas de cristal largas en una de las esquinas del salón.

—Diosa Madre, no saldré de aquí jamás —dijo.

Quería apreciar mejor el lugar, así que después de dar un vistazo a su alrededor y constatar que efectivamente estaba completamente sola, se quitó la máscara.

¿Por dónde comenzar? Decidió primero dar un vistazo general, para ver si reconocía la organización de los libros. Entonces se percató que algunos de los libreros tenían una letra grabada encima, que correspondía con el nombre o posnombre del autor.

Fue rápidamente a la hache y, efectivamente, encontró allí los libros de su escritor favorito,

Hiruno el Bardo.

—Santa unción —dijo—. Deben estar todos aquí. ¡Todos sus libros!

Allí estaba el último, *Rosas rojas en el valle de las sombras*. También encontró *Corazones errantes en la niebla del alba*; *La danza de las flores*; *Sombras de fuego*; *Cenizas plateadas del olvido*; y uno de sus favoritos, *El eco de las estrellas*.

Tomó ese último y lo abrió. Por poco se va de espaldas. En la primera hoja estaba la siguiente inscripción, firmada:

Para la dama, del bardo.

—¡Un libro firmado por el bardo! ¡Esto debe valer una fortuna! —dijo.

—Sin embargo, fue un regalo —escuchó una voz a su espalda.

Se giró rápido, pues no escuchó a nadie acercándose, y se quedó paralizada como por un hechizo, pues frente a ella estaba la dama de Galena.

12. UN PRISIONERO

EL CAPITÁN SORNE Adiram levantó la vista ansioso al oír pasos que se acercaban a su despacho.

Acababa de terminar el cántico de medias, que se llevaba a cabo en el santuario a mitad del día. La verdad es que no se había concentrado lo más mínimo en la liturgia. Eso le pasaba últimamente. Sus pensamientos estaban siempre en otro lugar. Se sentía alejado de la Diosa. Pero seguía siendo el capitán Devoto, por lo que asistía a los cuatro cánticos siempre que estaba en el templo redondo.

Esa mañana recibió la nota de uno de sus soldados. Habían encontrado un informante y lo traerían al calabozo del templo redondo, que era la torre de la derecha, a la que apodaban «la mazmorra».

El sargento primero Burdán entró y se inclinó:

—Está aquí, mi capitán.

—¿Complicaciones?

—Alguna. Lo capturamos junto con un compañero de él, y juntos nos dieron batalla.

Matamos al otro.

Maldición. Lo que me faltaba. Otro muerto del qué deshacerme.

—¿El cuerpo?

—Lo escondimos. Nadie lo encontrará. Por lo menos no pronto. Ya estará descompuesto cuando alguien lo halle. Si es que.

—¿Le quitaron todo tipo de identificación, asumo?

—Por supuesto, mi capitán.

—Buen hombre, Burdán.

—Estoy para servir, señor mío.

Adiram se puso de pie:

—¿Está en la celda de siempre, están listos mis instrumentos?

—Todo listo.

Se dirigió a la mazmorra, el sargento detrás de él. Entraron y subieron al último piso, el cual reservaban para los prisioneros que preferían mantener en secreto. De hecho, la entrada al último piso era por unas escaleras en caracol angostísimas, y la última vez que vino un supervisor de parte del Gran Maestre, simplemente le dijeron que el último piso estaba en desuso, y el supervisor les creyó.

Era una verdad a medias, pues casi siempre estaba vacío.

Excepto cuando no.

Le abrieron la puerta y entró a la celda junto con el sargento. La iluminación provenía de una antorcha colgada en la pared que lanzaba sombras oscilantes. En medio del cuarto un hombre amarrado de manos y pies a una silla de madera. Estaba completamente desnudo. La cicatriz de un cuchillazo le adornaba el vientre. Tendría unos cuarenta y tantos años, de cabello negro y bigote espeso.

Al ver al capitán, el capturado dijo:

—¡Esto es traición! ¡Soy parte de la guardia del duque! No puedo ser apresado de esta

manera. ¡Cuando el duque se entere, pedirá tu cabeza!

El sargento primero se adelantó unos pasos, el sonido seco de la bofetada resonó en la celda. La cabeza del prisionero se sacudió y su mirada se desorientó por un momento. Cuando regreso en sí, le sangraba el labio.

—¡Le hablaras con respeto al capitán de la Santa Devoción, perro! —gritó el sargento Burdán.

El hombre frunció el ceño y crujió los dientes:

—Esto es ilegal. No pueden..., no pueden...

—¿Ilegal? —preguntó el capitán, las manos entrelazadas en su espalda—. Hablemos de ilegal, soldado..., eh...

—Juaresco —dijo.

—Hablemos de ilegalidad, soldado Juaresco —continuó el capitán.

—No he hecho nada ilegal. Soy un fiel servidor del duque. He sido portero de la ciudad por más de veinte años. ¿Esta es la manera en que se paga mi servicio?

—Más de veinte años de servicio, permíteme ser el primero en felicitarte. —Adiram aplaudió tres veces, con fuerza, deliberadamente.

El portero Juaresco resopló:

—Tus hombres mataron a mi compañero. Eso es contra la ley del reino, ustedes no tienen permiso de matar a nadie.

—Es necesario que obedezcamos a la Madre antes que a los humanos —dijo el capitán.

—Malditos sean, hipócritas. Dicen servir a la Madre, pero solo se sirven sí mismos.

El sargento dio otro paso, listo para darle una segunda bofetada, pero el capitán lo detuvo poniendo la mano sobre su hombro. Le hizo al sargento una señal con la cabeza, apuntando a la mesa en la esquina.

El sargento fue, tomó la mesa y la puso justo enfrente del prisionero. En el centro había tres objetos. Los primeros dos eran argollas de hierro sujetadas con clavos a la mesa. El tercer objeto era una funda de piel que Burdán desenrolló, revelando cuchillos de diferentes tamaños, tenazas, y clavos.

Los ojos de Juaresco se abrieron. Al capitán incluso se le figuró que las pupilas se le dilataron.

—¿Qué es esto?

—Es una garantía.

—¿Una garantía? ¿Una garantía de qué?

—De que me dirás exactamente lo que necesito saber.

—¿De qué demonios me hablan?

—Sabes bien de qué —dijo el sargento poniendo una carta en la mesa—. Encontramos esto en tus túnicas.

Era una hoja sencilla, con dos palabras: «Bendita veneración». Tenía el sello roto, un sello púrpura con una letra «D».

—Juaresco —dijo el capitán—. Tengo ojos por toda la ciudad. Y uno de mis espías te vio darle franca entrada a dos mujeres. Ellas te dieron esa carta, y las dejaste pasar.

—¿Y eso qué? No es ilegal. Para eso estamos los porteros.

—Pero la ciudad está bajo resguardo excepcional. Toda persona que entra o sale debe tener permiso explícito. Y éste no es un permiso oficial, ni mucho menos.

—No, no fui yo. Me están confundiendo con alguien más.

—Ya veo —dijo el capitán, y con una mirada a sus sargento, este supo lo que tenía que

hacer. Burdán se puso detrás del prisionero y le dio un puñetazo encima de la oreja, dejándolo aturdido. Entonces le desamarró la mano derecha y rápidamente la puso encima de la mesa, abrió una de las argollas, y le sujetó allí la mano por la muñeca.

Juaresco sacudió la cabeza y soltó varios juramentos. Luego notó que su mano estaba fuertemente apresada por una argolla.

—*¿Qué es esto, bastardos? ¡De qué se trata esto!*

—Escúchame bien, Juaresco —dijo el capitán tomando un puñal largo de hoja fina—. Te preguntaré quién les dio el permiso de salir. De quién es ese sello. Tienes cinco oportunidades para decirme, una por cada dedo. ¿Con cuál comenzaré? Pienso que con el pulgar, ese típicamente convence a todos.

El portero cerró su mano fuertemente en forma de puño.

El capitán sonrió. *Todos piensan que así podrán evitar que les cortemos los dedos.*

Adiram, con movimiento vigoroso, le enterró el filo en el dorso de la mano. El prisionero lanzó un terrible alarido y extendió los cinco dedos de la mano que le temblaba. Sin siquiera pausar, el capitán tomó un cuchillo de carnicero y, con un *flupt*, el pulgar de Juaresco salió volando.

El portero, la cara roja, las venas pulsándole en el cuello y en la frente, la quijada desencajada por el grito, recibió un golpe en la nariz que le cortó el aullido.

El capitán, quien aunque no había perdido ninguna parte de su cuerpo tenía el semblante similar al de Juaresco y la mirada desorbitada por la furia, tomó al hombre por los hombros, lo agitó con fuerza y le gritó en la oreja:

—*¿Quién ordenó su salida? ¿Quién? ¿QUIÉN?*

—La daaaaamaaaa —aulló el hombre.

—¿Quién?

—¡La dama de Galena! Ese es su sello. Ella las mandó traer.

—¿A su castillo?

—Sí, sí, a su castillo, fue ella, por piedad.

Adiram se irguió.

¿Pero qué demonios? ¿La dama de Galena? ¿Esa ricachona engreída?

—¡Maldito! ¡Me has arruinado la mano! ¡Me cortaste el pulgar! ¡No podré empuñar la espada!

—No te preocupes, Juaresco. Adonde vas, no necesitarás espada.

Tomó el puñal incrustado, lo sacó, y se lo incrustó de nuevo, pero esta vez en el corazón.

13. UN HUÉSPED

ALINA SE INCLINÓ para saludar.

Luego recordó que no llevaba la máscara puesta y rápidamente se la puso, agradecida de que tapara el intenso rubor que sentía en sus mejillas.

Acababa de prácticamente quebrantar la primera regla.

¿Y si me expulsa? Probablemente romperé algún tipo de récord, expulsada el primer día por no ponerse la careta. Soy una estúpida.

Sin embargo, la dama tampoco llevaba la suya puesta.

Pero ella es la dama de Galena. Yo soy..., yo soy..., una mercenaria.

—Bienvenida a mi castillo —dijo la dama con una sutil sonrisa en los labios, como si nada hubiera sucedido.

—Es un privilegio estar aquí, mi señora.

—Encontraste la biblioteca. Nadie encuentra la biblioteca.

—La tuve que buscar bien —dijo Alina.

La dama era todavía más hermosa que la pintura. Una belleza estremecedora. Alina no estaba acostumbrada a sentirse así pues sabía bien que ella misma era hermosa, y estaba acostumbrada a ver cómo otros se sentían intimidados por ello, tanto hombres como mujeres.

Pero aquí tenía a una mujer que era la definición de perfección. Su color de piel era el equilibrio perfecto entre la calidez de la tierra y la suavidad del bronceado bajo el sol. Sus ojos eran tan negros como el ónix, sus labios rojos como la sangre misma. Llevaba un vestido negro, no igual al de la pintura pero similar, el cual resaltaba su perfecta figura. Llevaba el cabello recogido de manera similar al cuadro, aunque con una diadema sencilla color gris.

—Pues me impresiona —dijo la dama—. Escogí este lugar cuidadosamente cuando decidí poner aquí mi biblioteca. Mis libros son mi más valiosa posesión, y prefiero que aquellos que entren aquí lo hagan porque verdaderamente lo quieren.

—Es una biblioteca..., no estoy segura de saber qué palabra usar para describirla.

—Esa era la idea cuando la diseñé. ¿Te gusta leer a Hiruno?

—Me encanta.

—A mí también. Es un buen amigo. Algunas veces me visita.

Me desmayaría si lo conociera, pensó. Nunca había conocido personalmente a ningún escritor. La mayoría vivía en la capital del reino, o en la exótica y culta Acós. No en Xulde.

—Mi dama, aprovecho para darte las gracias por recibirme en tu castillo. Entiendo que no soy una invitada..., más bien, estoy aquí por la invitación de alguien más.

La dama no respondió, simplemente la contempló con una mirada intensa que no denotaba alguna emoción que pudiera determinar.

—Pero me gustaría presentarme —continuó Alina—, mi nombre es...

La dama levantó la palma de la mano:

—No es necesario darme tu nombre. Aquí eres la señorita Búho. Y yo —dijo sacando una máscara y poniéndosela— soy la señorita Áspid.

Alina tuvo que mirar bien para reconocer que la máscara representaba una serpiente. Al principio pensó que era algún insecto, como una hormiga negra. Pero no.

—Debe ser increíble vivir en un lugar así —dijo Alina—. Rodeada de libros, con criados a tu disposición, con mucho tiempo entre manos para leer o pasear por el bosque. ¡Y los animales! ¡Diosa! Me muero por verlos todos.

La dama se encogió de hombros y echó un vistazo a su alrededor.

—Si tan solo fuera así.

—¿No lo es? —se atrevió a preguntar.

—Mi vida es solitaria por elección. A decir verdad, no paso mucho tiempo en el castillo. Ando por el reino, asegurándome de que vayan bien mis negocios. Es difícil encontrar gente de confianza, ¿sabes? Tengo mucho dinero, pero todo el mundo quiere robarme lo que es mío.

Se le secó un poco la garganta al escuchar eso. Ésta era la oportunidad perfecta para hablar sobre el medallón, pero ¿cómo decirle que era un objeto robado? ¿Cómo respondería la dama a que una mercenaria profesional estuviera en su castillo? Quizás la expulsaría de allí por el puro miedo de que le robara algo, o de que estuviera allí con el encargo de sustraer algún objeto.

Pero si no se lo decía en ese momento, quizás perdería la oportunidad.

—He oído que eres coleccionista —le preguntó Alina.

—Así es. Comencé, por cierto, coleccionando libros. Y siguen siendo muy importantes para mí. Pero después me pasé a adquirir obras de arte, objetos raros, incluso reliquias.

Aparentemente a la dama de Galena no le importaba admitir algo así. Coleccionar reliquias no estaba permitido en el reino, puesto que algunas de ellas tenían poderes, por lo que la Iglesia y los Devotos eran los custodios oficiales de ellas.

—Aunque a decir verdad —continuó la dama—, siento que he perdido últimamente la pasión por el coleccionismo. Me siento, ¿cómo decirlo?, aburrida.

—Pienso que si yo viviera en un lugar como este, nunca me aburriría.

—Te sorprenderías, señorita Búho. Incluso los libros pueden terminar aburriéndote.

No a mí, pensó. Yo podría leer por el resto de mi vida.

Los ojos de la dama brillaron:

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—¿Yo?

—No tienes que decirme, por supuesto. Respeto la privacidad de todos mis huéspedes, los conozca bien o no.

—No, no es eso. Simplemente es difícil de explicar.

—Entiendo.

—Yo me dedico a, pues, a...

En ese momento la damaladeó un poco la cabeza para mirar atrás de Alina. Escuchó entonces pasos detrás de ella.

Se acercaba un joven, elegantemente ataviado con un pantalón café y camisa blanca, un chaleco azul encima, y una máscara en forma de oso.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Lo reconoció por el cabello, los ojos y la forma de caminar.

Era el Benefactor.

14. UN ENEMIGO

DE NUEVO ALINA agradeció la máscara. La dama la miraba de reojo, así que hizo lo posible por recuperar la compostura.

—¡Ah! —dijo el Benefactor extendiendo los brazos—, qué alegría verte de nuevo, dama mía. O debería decir, señorita...

—Áspid —dijo la dama.

—¡Áspid! Bien.

—Comparto la alegría por verte, señor Oso.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo el Benefactor inclinándose ante la dama, y después ante Alina.

Ella estaba sin palabras, no estaba segura de qué decir. ¿Tenía que fingir que no lo conocía?

—Me sorprende verte aquí, señor Oso, en la biblioteca —dijo la dama—. Aunque sé que eres un aficionado de los libros, también.

—Así es, señorita Áspid. Sin embargo, venía buscando a la señorita Búho. Me he enterado que estaba aquí en el castillo. Una grata sorpresa —dijo cruzando mirada con Alina—. Pensé: ¿dónde podré encontrar a la señorita Búho? Inmediatamente la respuesta vino a mi mente: ¡en la biblioteca!

—Así que ya se conocen —dijo la dama.

—Algo, algo —reconoció él.

—¿Ya conocías al señor Oso? —le preguntó la dama a Alina.

Intentando no trastabillar, respondió:

—Nuestros caminos se han cruzado en el pasado, sí.

—Pero nunca aquí —dijo el Benefactor—. Vaya sorpresa —dijo de nuevo, aunque su voz con un indicio de tensión, de trepidación. Agregó—: No era mi intención interrumpirlas.

—No nos has interrumpido, para nada. Solo conocía a mi nueva invitada. Sin embargo, con el baile por comenzar, debemos prepararnos. La señorita Búho necesita ponerse su vestido.

—Ah, eh, es cierto —balbuceó ella.

—¿Imagino que el señor Oso se pondrá sus túnicas de gala?

—Pero por supuesto, dama mía —respondió inclinando la cabeza.

—Recuerden que es imprescindible estar a tiempo —afirmó la anfitriona, y con eso se retiró con la misma elegancia de una gacela.

Alina exhaló. Había estado reteniendo el aire.

—Hola, Alina —le dijo el Benefactor en un susurro, al estar solos.

—No sabía que estarías aquí —dijo ella.

—Digo lo mismo. Me encontré con Larani, ella me comentó sobre ti.

—Ah.

—Necesitamos hablar.

—¿Sí? La última vez que me dijiste eso por poco me matan en mis aposentos.

—Lo sé. Puedo explicarlo.

—Me encantaría escuchar tu explicación, porque no puedo evitar sospechar que estuviste involucrado.

—¿Qué? ¿Cómo puedes pensar algo así? —Parecía estar genuinamente ofendido—. ¡Por supuesto que no!

—Entonces te siguieron.

—No hables tan fuerte, las paredes tienen oídos.

Recordó Alina aquello de que el castillo estaba lleno de pasadizos.

—Puedo explicarlo todo —continuó el Benefactor—, pero tendrá que ser después de el baile y de la cena. Necesitamos hablar, pero no aquí.

—¿Dónde?

—Afuera del castillo. En el bosque. Un lugar en donde nadie pueda escucharnos.

—Está bien —respondió, aunque no pudo evitar pensar que el bosque era también el lugar perfecto para deshacerse de ella o quitarle el medallón sin que nadie se enterara.

No, no puedo pensar así. Se trata del Benefactor. Puedo confiar en él. ¿O no?

—Está bien. Entonces después de la cena —dijo ella.

—Sí.

—Tengo que ir a cambiarme. Pronto será el baile.

Apenas dio un paso y el Benefactor puso una mano en su codo, deteniéndola:

—Pero ten cuidado, Alina.

—¿Cuidado? ¿De qué?

—Incluso aquí tu vida está en peligro.

—::—

Escogió un vestido de seda plateado, sin cinto, ajustado a la cintura, sencillo pero hermoso, de mangas largas y sin escote, lo que le facilitaría esconder el medallón en su cuello.

Me veo bien, se dijo al mirarse en el espejo.

Tocó a la puerta de Larani para ver si todavía estaba allí, pero nadie respondió. Asumió que su amiga estaba ya en el salón de los yelmos, donde se llevaría a cabo el baile.

Descendió y fue hacia allí. La recibieron un par de criados elegantemente vestidos de negro, además del mayordomo, quien la recorrió con la mirada como para cerciorarse de que cumplía con la etiqueta de vestimenta.

—Bienvenida, señorita Búho —le dijo.

—Gracias —respondió ella distraída, mirando a los invitados. Contaba diez hombres y nueve mujeres, a juzgar por las túnicas y los vestidos. Todos con máscara, por supuesto. La mayoría de ellos conversaban cerca de una de las grandes ventanas que recorrían un lado del salón.

En una esquina un conjunto de cuerdas —una lira, una vihuela y un salterio— tocaba una melodía tradicional xuldeña en tono mayor. Los músicos, dos mujeres y un hombre, vestidos de negro, llevaban también puestas máscaras de buitres.

Siana Larani, al verla, se disculpó con la mujer con quien conversaba y se apresuró hacia ella. Llevaba puesto un vestido azul de terciopelo, de escote pronunciado, espalda descubierta y abertura alta que descendía desde el muslo. Atrevido, considerando que era una madre ungida. Pero quizás aquí nadie lo sabía. Eso le daba cierta libertad.

—Ya me estaba preocupando porque no llegabas —le dijo Larani.

—¿Soy la última?

—No estoy segura, pero es posible.

—¿Y la dama?

—No se ha aparecido.

—Hablé con ella.

—¿Con la dama? ¡Cuándo!

—¿No te dijo...?

—¿Quién, el señor Oso?

—Exacto.

—No me lo dijo porque no lo conozco. Simplemente se acercó a mí mientras buscaba algo de comer, y me preguntó por ti. Me extrañó que supiera que estabas aquí, pero asumí que nos vio llegar.

—Probablemente. ¿Sabes quién es?

—Ni idea.

En voz baja y cerca de su oreja, le dijo:

—El Benefactor.

—Vaya, vaya. Otro interesante invitado de la dama de Galena.

—Sí. Me encontré con ella, por cierto, en la biblioteca. Pensé que quizás era el momento adecuado para decirle sobre ya sabes qué.

—¿Y lo hiciste?

—No. El señor Oso nos interrumpió justo en ese momento.

—Quizás haya sido mejor así. Si le das esa información a la dama sin más, le caerá de sorpresa. Sería una buena idea que yo esté presente cuando le digas, para hacer las presentaciones.

—¿Si no la volvemos a ver?

—La veremos. Confío en ello.

Se quedaron en silencio por un momento, mirando a los huéspedes. Un criado les ofreció un plato con bebidas y unas galletas saladas con queso y jamón.

—Muero de hambre —dijo tomando una galleta y una copa de cristal. Le dio un sorbo. Vino blanco con uvas frescas. Delicioso. La galleta muy rica también, crujiente.

—¿Tenemos que esperar hasta después del baile para la cena, verdad? —le dijo a su amiga, de mala gana.

—Sí, para evitar bailar con el estómago lleno —contestó Larani.

—¡Y con las ganas que tengo de bailar!

—No te preocupes, te aseguro que más de la mitad de los hombres, y probablemente de las mujeres, tampoco saben cómo dar dos pasos sin trastabillar.

—Ya veremos. ¿Cómo nos van a emparejar?

—Al azar.

—¿Reconoces a alguno de los huéspedes?

—No, creo que no... —dijo siana Larani inspeccionando de nuevo a los invitados.

Repentinamente la tomó por el codo, con fuerza.

—¿Qué pasa? —dijo Alina, extrañada. Su amiga tenía los ojos bien abiertos.

—Mira allá, el hombre con la túnica verde y sombrero de pluma.

Alina lo buscó:

—¿El que habla con el señor Oso?

—Sí, él.

Al principio no lo reconoció. Traía una enorme máscara de pavo real que le ocultaba la mitad del rostro, y el sombrero le escondía el cabello. Era un hombre de unos cincuenta años, de barba blanca, apoyado sobre el pie derecho, el izquierdo en descanso, el pecho hacia afuera, de actitud confiada, su mano derecha descansando sobre un elegante bastón de madera con pomo plateado.

Entonces lo reconoció.

Uno de los hombres más ricos de la ciudad, y reciente enemigo en una aventura pasada.
El barón Julden Merlién.

15. UN BAILE

—¿CREES QUE NOS reconozca? —preguntó Larani.

—A ti quizás no. ¿Pero a mí...? No creo que me haya olvidado.

—Fue hace tiempo.

Pero no tanto, pensó. No había pasado ni un año, y en aquella ocasión el barón Merlién, además de su dignidad y a dos guardaespaldas, perdió también una cantidad significativa de dinero, además del ojo del dragón, una reliquia que estaba ahora en posesión de los Devotos.

Había varias cosas que ella misma no podía olvidar del barón.

Primero, que era un runarita. La razón por la cual el barón había querido el ojo del dragón era para que Runar de Kalmideni lo usara. Con qué propósito específico, no lo sabía.

Segundo, que Julden Merlién prometió matarla. Todavía recordaba la conversación:

—*Será mejor que me mates, mujer* —le había dicho el barón aquella noche—. *Si no lo haces, te buscaré. Tengo todos los recursos para hacerlo. Te encontraré y te mataré. Esa reliquia me pertenece.*

A lo que ella contestó:

—*Tienes tres latidos para salir de aquí antes de que te abra el vientre.*

—Te puedo asegurar que me recuerda —le dijo Alina a su amiga—. Pero quizás no me reconozca.

—El antifaz y el vestido.

—Exacto. Además, aquella fue una noche de intensa lluvia.

—Y no se esperará verte aquí.

—Como quiera hay que tener cuidado, porque —en voz muy baja—: es runarita. Y ellos andan tras de mí.

—¿Crees que esté aquí por eso? ¿Buscándote?

—Ya no sé ni qué pensar. Pero lo dudo.

—Andemos con cuidado.

—Con *mucho* cuidado. Siento como que me están echando la soga al cuello.

—Si es necesario salir de aquí, hagámoslo. Podemos escapar.

—¿Escapar? ¿Cómo?

—En barquilla, por supuesto. Siempre dejan una atada en la playa, en caso de alguna emergencia. ¿Lo hacemos? Amiga, podemos irnos de aquí, de verdad.

Lo pensó por un momento:

—No. No hasta que hablemos con la dama.

—Está bien.

En ese momento el mayordomo se aclaró la garganta y en voz alta dijo:

—En el nombre de la dama, les damos la más cordial bienvenida a todos ustedes, invitados especiales. Agradecemos su presencia, y confiamos que su estadía aquí será de su agrado.

Aplausos y afirmaciones.

—Comenzaremos nuestro tiempo juntos con el baile, la primera parte llevándose a cabo al azar. —Levantó la mano izquierda, en cuya palma descansaba una urna de cristal opaco.

Se acercó a uno de los huéspedes, una mujer alta con cabello plateado y una máscara de gato

montés. Ella sacó una pequeña esfera de color marrón. El segundo (máscara de rinoceronte) sacó una celeste, el tercero (un lobo) una amarilla, el cuarto (un lince) otra celeste, e inmediatamente se acercó a su contraparte. Había dos esferas del mismo color, y el compañero de baile se asignaba de esa manera. Podía ser hombre con mujer, hombre con hombre, mujer con mujer. Completamente al azar.

Cuando llegó el turno de Alina, le tocó una esfera dorada. Se vio tentada a rezarle a la Madre para que Larani sacara una dorada también, pero en lugar de eso le tocó negra.

—*Maldición* —musitó Alina. Buscó a su alrededor para ver quién sería su compañero de baile, y su mirada se cruzó con el hombre de la máscara de pavo real.

Forjat shejata, maldijo.

Era Merlién, con una leve sonrisa en el rostro, enseñándole entre índice y pulgar la esfera cuyo color coincidía con el de ella.

¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

Se había quedado congelada.

¿Y si huyo? Es mi oportunidad para salir de aquí sin mirar atrás. Si me persiguen, tendrán que alcanzarme.

Antes de que pudiera dar un paso tenía ya enfrente al barón.

—Un gusto, señorita Búho —le dijo—. Será un honor bailar con usted en esta noche.

No me reconoce. O eso, o es un excelente actor.

—Gracias, señor Pavo Real —le respondió.

—Es la primera vez que la veo por aquí, si no estoy equivocado.

—Es así. Mi primera vez en este hermoso lugar.

—Lo es. La dama es una mujer muy rica.

Así como lo eres tú, pensó. ¿Ya sabes quién soy, o estás actuando? Juraste matarme. Pero no será fácil hacerlo, ni siquiera aquí.

Todos a su alrededor se enfrascaban en conversación cortés. Larani tenía como compañera a una mujer bajita de cabello corto y porte de mujer de influencia.

—Sé que el protocolo es no preguntar —continúo el noble—, pero no puedo evitar la curiosidad —dijo en voz más baja—. ¿Será que te dedicas a las letras? ¿A la música? Incluso con la máscara, es evidente tú belleza. ¿Al teatro?

Alina fingió una sonrisa cálida:

—Un poco a todo.

—¿A todo?

—Así es. Aficionada, solamente.

—Sin anillo en tu mano. Difícil de creer.

Tampoco él llevaba anillo, aunque estaba casado.

Alina se encogió de hombros:

—Esperando al hombre indicado.

—Quizás yo te pueda hacer algunas sugerencias. Conozco a todos los mejores hombres de esta ciudad, incluso del reino. Quizás después de la cena quieras tomarte una copa conmigo.

Si no me reconoce, está coqueteando. Si sí me reconoce, está tendiéndome una trampa.

No estaba segura qué responderle, pues la había tomado por sorpresa. En ese momento los instrumentos tocaron un acorde de entrada, indicando que la música estaba por comenzar.

Los invitados inmediatamente hicieron dos filas, las parejas a un paso de distancia, viéndose de frente. Con un segundo acorde, se acercaron. El barón entrelazó la mano derecha con la de ella, la izquierda en su cadera, mientras que ella reposó su mano izquierda en el hombro de él.

Sintió un terrible escalofrío, tan fuerte que se preguntó si el barón lo había notado. Parecía que no.

No solamente estaba por bailar con un barón, sino con un runarita que quería cortarle la cabeza.

Miró a su izquierda y su vista se cruzó con la de Larani, cuyos ojos reflejaban miedo. La siana luego le asintió, como diciendo: «Todo saldrá bien».

Comenzó la música. Una canción alegre, folclórica, suave.

Alina agradeció que la canción se asemejaba a las danzas de su pueblo, y recordó los pasos de su infancia, las danzas alrededor del fuego en los tiempos de fiesta. Merlién, con todo su porte varonil, no era un excelente bailarín, y trastabilló un poco en sus primeros pasos, lo que le dio a ella más confianza.

Alina respiró hondo:

Piensa en tu pueblo. Piensa en Hara'lutze, en el sonido de la flauta al son del tambor y las palmas. Recuerda tu infancia, déjate llevar.

Sus pies se soltaron, moviéndose y deslizándose, luego su cuerpo, sus manos, y pronto entró en ese estado de confianza similar al que le sucedía en un combate. En un combate dejaba de ser consciente de sus movimientos, se movía por inercia, reaccionando naturalmente a los movimientos de su contrincante. Y de hecho, una pelea de espadas y una danza eran similares, excepto que la primera tenía como propósito matar al otro.

Aunque si Merlién fuera atrevido podría deslizarme por las costillas el filo de algún cuchillo en medio de la danza.

Una danza mortal.

Por eso no le quitaba los ojos de encima, siempre al tanto del movimiento de sus manos incluso cuando ella daba una vuelta o le daba la espalda por un instante.

Tenía el corazón acelerado por el vigor del baile que se prolongaba, la música creciendo mientras que los dedos de los músicos se movían ágiles por las cuerdas de sus respectivos instrumentos.

El barón resopló agradecido cuando sonó el acorde final. La tomó por la mano, se inclinó ante ella y le besó apenas los nudillos.

—Un honor, señorita Búho —le dijo, casi sin aliento—. Mi invitación sigue abierta.

Ella dobló las rodillas y se inclinó levemente.

Julden Merlién se retiró hacia una de las mesas buscando una bebida.

El mayordomo levantó la voz:

—El siguiente baile será libre. Después de eso, tendremos la cena.

Perfecto, que ya tenía hambre. Si el baile que seguía era libre, significaba que no tenía por qué bailarlo.

—Señorita Búho —escuchó a su derecha. Era el Benefactor—. ¿Me permite la próxima pieza? —le extendió la mano.

—Está bien —dijo ella.

Al acercarse, el Benefactor le dijo:

—Nos vemos después de la cena en el bosque. ¿Cierto?

—Sí. Aunque si es algo rápido me lo puedes decir ya.

—Imposible. Aquí no. Nos pueden escuchar.

—¿Quién? Nadie nos pone atención.

—¿Nadie? Te equivocas, Alina. Hay más de un par de ojos puestos en ti. Y ninguno de ellos tiene buenas intenciones.

16. UN ENCUENTRO

CERCIORÁNDOSE DE QUE nadie la viera, Alina abandonó el castillo y caminó apresurada por el patio. Se mudó de ropa antes de hacerlo, y fue buena decisión, pues el aire corría helado. Con su túnica, botas, y arrebujada en la capa, salió.

La cena había sido absolutamente deliciosa. No recordaba la última vez que comió un banquete tan exquisito.

La carne incluía jabalí asado, que nunca había probado, además de venado y codorniz. El pan era recién horneado, con la corteza crujiente y un ligero sabor a miel. Todo tipo de quesos, por lo menos seis diferentes, y no se diga las frutas: manzanas glaseadas con miel, peras, uvas, melocotón, fresas..., ¡y el vino! ¡Diosa Madre! Lo habían traído en jarras, *en jarras*, más que abundante, un vino con notas de frutas maduras y toques de manzana y flores.

De hecho, probablemente bebió más de lo que debía. Sentía ese ligero tintineo en el cuerpo, la trepidación al caminar, la dificultad para pensar con toda claridad. Pero no estaba ebria. Una copa más, quizás, y lo estaría.

Un par de antorchas en el medio proveían iluminación, pero reinaba la oscuridad. Aunque se mudó de ropa para no andar con vestido de noche se sentía casi desnuda al no llevar armas, excepto una: un cuchillo de trinchar que, cuando consideró nadie la observaba, tomó de la mesa y lo escondió en su mano y la parte inferior del brazo, como lo haría un prestidigitador de circo.

El portón que salía hacia el bosque estaba abierto, no había razón para abrirlo y cerrarlo cada día.

En medio del baile, el Benefactor —que por cierto era un excelente bailarín— le dijo que la vería una hora después de la cena dentro del bosque, todo derecho, cien pasos.

El follaje era cerrado, pero no demasiado, por lo que caminaba sin dificultad aunque no andaba por una vereda. A los cincuenta pasos, se detuvo y buscó alguna marca que le permitiera...

Ah, allí, una piedra grande junto al tronco de un árbol.

Un par de rezos menores después reanudó la marcha y se detuvo al contar cien.

Se quedó allí, esperando. Al poco tiempo se escuchó alguien acercándose, y por inercia se llevó la mano al cinto, donde escondía el cuchillo.

—Soy yo —dijo el Benefactor justo antes de salir. La luz de la luna daba apenas suficiente claridad—. Gracias por venir, Alina —dijo acomodándose su máscara.

—No te ofendas, pero no perdamos tiempo. Si tienes algo que decirme, te escucho.

—Me sorprendí al verte aquí. No sabía que vendrías. Te vi de lejos, desde la ventana de mi habitación, cuando arribabas al castillo. Aunque ibas con la máscara, te reconocí.

—Adivinaste bien.

—¿Por qué estás aquí, Alina?

—Para hablar con la dama de Galena.

—¿Sobre qué?

—¿Sobre qué crees?

—¿Sobre el medallón?

¿De qué servía ocultárselo?

—Sí —respondió—. ¿Cómo lo sabes?

—Era solo cuestión de atar cabos. En mis círculos, ese medallón está en boca de todos y de nadie. Se susurra sobre él.

—¿Y qué más sabes?

—Sé que pertenecía al duque. Sé que el duque se lo robó a los Devotos, y que luego alguien..., una sombra..., se lo robó al duque. ¿Voy bien?

—Vas bien.

—Pero ahora el duque y el capitán de los Devotos se han aliado para encontrar y matar a la persona que tenga el medallón.

—Eso..., eso no lo sabía. ¿Se han aliado?

—Sí. Y además de ellos, el medallón lo buscan los runaritas, como te dije antes.

—¿Por qué no me dijiste sobre la alianza entre Obdane y Adiram? Pudiste decírmelo aquella noche.

—Porque no lo sabía todavía.

—¿Y qué es eso tan importante que tenías que decirme?

—Dos cosas. Primero, que en el castillo hay runaritas.

—Lo sé. El barón es uno de ellos.

Los ojos del Benefactor se abrieron grandes detrás de la máscara:

—¿Lo sabes?

—Lo sé. Quizás te cuente después cómo. A pesar de todo, creo que él no me ha reconocido.

—No estoy tan seguro. Es un hombre sagaz. Quizás espera el tiempo correcto.

—¿Qué es lo segundo?

—Ese medallón, Alina. Dámelo a mí. Yo me encargaré de ocultarlo.

—Lo pensaré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Después de hablar con la dama.

El Benefactor hizo una mueca.

Cesaron los ruidos de los insectos a su alrededor justo antes de ataque. Les dio tiempo para prepararse, aunque de todas maneras los tomó por sorpresa. Dos sombras salieron por la espalda tanto de Alina como del Benefactor. Ella se hizo a un lado antes de que la espada le reventara el cráneo, y el Benefactor se desplazó a su derecha, pero el filo de la espada enemiga le dio en el hombro izquierdo.

¿Espada contra su cuchillo, en la oscuridad? La llevaba de perder. Por un breve momento vio el rostro de su atacante, un joven de mirada turbulenta, que empuñaba la espada con ambas manos y en su muñeca la pulsera runarita.

Ella sabía que no podría defenderse con el cuchillo. Así que cuando percibió el ataque, dio un salto largo y trató de incrustar el cuchillo en el cuello, pero solamente le rozó el hombro.

Detrás de ella, el Benefactor se defendía con una daga larga. Había él sido más inteligente, de alguna manera traía un puñal.

Debí contrabandear la mía, incluso con el riesgo de que me expulsaran de la isla. ¡En qué estaba pensando!

El Benefactor logró clavarle el filo a su contrincante en las costillas, y luego dos veces en el cuello. Corrió entonces a ayudarla, y juntos mataron al segundo.

—¡Al castillo! —dijo el Benefactor.

Corrieron.

Si hay más runaritas, quizás corremos hacia una emboscada.

Era difícil saberlo en la oscuridad, y casi podía sentir el terror de la repentina punzada en los riñones que la dejaría tendida en el suelo, desangrándose.

Sin embargo, llegaron hasta las puertas del castillo, las atravesaron, y ambos se detuvieron de golpe.

Estaban de pie cinco figuras frente a la puerta principal del castillo, dándoles la espalda. Una bruma espesa que descendía sobre el patio entero les escondía las piernas.

Al escucharlos acercándose, los cinco se dieron la vuelta, y Alina reconoció al de en medio.

Era Sorne Adiram, capitán de los Devotos.

17. UNA HUÍDA

ALINA SE QUEDÓ petrificada.

El capitán Devoto dio unos pasos hacia ellos y dijo:

—¿Y ustedes quién demonios son?

Antes de que respondieran, la reconoció. A diferencia del barón, quien solo la vio aquella noche tormentosa, el capitán Adiram la había tenido presa por varios días, así que la conocía mejor.

El capitán desenvainó la espada, y los cuatro soldados Devotos que venían con él hicieron lo mismo.

—No te muevas, mercenaria. No quiero tener que matarte, pero lo haré aquí mismo, si es necesario. ¿Qué, te vas a defender con ese cuchillo?

—Si me matas, nunca sabrás dónde está.

—Deja de hacer esto difícil.

Alina lanzó una mirada hacia atrás, pensando que probablemente lo mejor sería huir por donde habían entrado y perderse en el bosque. El Benefactor pensaba lo mismo, ya daba pasos lentos hacia atrás.

En ese momento, sin embargo, siete hombres armados entraron trepidantes por el portón, cortándoles la huida.

Eran runaritas.

En medio, el barón Merlién.

—¿Barón Merlién? —dijo el capitán, extrañado.

Pero el noble tenía su vista en el Benefactor. Le dijo:

—Orlen...

¿Orlen?, pensó Alina. ¿Quién es Orlen?

—Captúrala, hijo —le dijo el barón al Benefactor.

A Alina se le heló la sangre, sobre todo cuando escuchó la respuesta del Benefactor, quien ya no llevaba máscara puesta:

—No, padre. Ni un paso más.

—¿Qué? ¡Dije que la captures! ¡Te lo ordeno!

El Benefactor miró a Alina. Ella se quitó la máscara.

—¿Es..., es tu padre?

—Escucha, Alina. En cuanto puedas, huye. Huye, o te matarán.

El capitán de los Devotos alzó la voz:

—Esa mujer es rea de la Orden de la Santa Devoción. Así que apártense todos, incluyendo usted, barón, con el debido respeto.

Hubo un momento de silencio. La bruma los envolvía ahora hasta la cintura.

El barón Merlién dijo:

—Maten a los Devotos, tráiganme a la chica.

Los runaritas gritaron y se lanzaron contra los soldados de la devoción, dos de ellos contra Alina, pero el Benefactor se interpuso mientras le gritaba:

—¡Huye!

Huir. ¿Pero hacia dónde? En el portón de salida la esperaba el barón, y si corría hacia allí indudablemente la atacarían también por la espalda. Así que sin pensarlo demasiado corrió a su izquierda, por donde vio un hueco en la escaramuza a su alrededor. Escuchó el golpe de las espadas y el gruñido y los gritos del combate.

Frente a ella una de las torres del castillo, con una entrada externa abierta, sin puerta. Era su única opción, no veía alguna otra salida. Quizás podría subir las escaleras hasta el terraplén, pero quedaría atrapada.

Maldita sea.

Percibió una presencia detrás de ella. Miró por encima de su hombro. El capitán Adiram le daba alcance, espada en mano.

Ella apretó el paso y entró a la torre, encontró el primer escalón en la oscuridad y subió lo más rápido que podía sin tropezarse.

—No te dejaré escapar esta vez —escuchó a sus espaldas, abajo, en la oscuridad—. No cometeré ese error de nuevo.

Subió y subió. Le ardían las piernas, sobre todos los muslos, y se quedaba sin aliento. ¿Cuánto le faltaba para llegar arriba? Era una torre alta. También escuchaba al capitán jadeando y, a lo lejos, los gritos de la batalla.

Tendré que enfrentarlo, se dijo. Mi cuchillo contra su espada.

Pero ¿la mataría? No a menos que recuperara el medallón, porque si se deshacía de ella sin tener la reliquia, ¿de qué servía?

Finalmente salió al terraplén, de la completa oscuridad a la negrura parcial de la noche fría y brumosa. La salida era por un vestíbulo con umbral sin puerta, lo suficientemente ancho para dejar pasar a un par de soldados con ballesta.

Le temblaban las piernas y respiraba con dificultad. El círculo de la plataforma era amplio, se apresuró a mirar hacia abajo por el espacio entre las almenas. No veía manera de escapar. Apenas podía discernir a runaritas y Devotos, aunque los escuchaba.

Sorne Adiram llegó.

Jadeaba con fuerza y sudaba profusamente.

Se quedó allí, mirándola, sin hablar, recuperando el aliento. Inhaló con fuerza, exhaló de la misma manera. Maldijo.

—Dame el medallón.

—No —le respondió, a secas, desafiante.

—Dame el medallón, maldita hija bastarda del Espectro, o te mataré.

—Si me matas, nunca lo tendrás.

—Asesinaste a mis hombres. A mi sargento. Me has avergonzado como nadie en mi vida.

—No lo asesiné. Me defendí.

—Eres como una plaga. Por donde quiera que andas, reina la muerte. Robas lo que no es tuyo, matas a quien se interponga en tu camino. Tu nombre es sinónimo de muerte. Pero te ha llegado la hora. A todos nos llega, finalmente. Hoy te ha llegado a ti. Demasiado tarde, para mi gusto, pero eso fue decisión de la providencia.

—Lo mismo se puede decir de ti. ¿Defensor de la fe? ¿Defensor de la Madre? Eres un devoto... ¡pero del Engendro!

—*¡Calla, blasfema!* ¿Qué me puedes decir tú? Tú, que te dedicas a robar, matar, desolar. Tú, que ni siquiera eres zumeldana.

Ella dio un paso hacia atrás al escucharlo.

—Oh, sí —dijo el capitán, sonriendo. La sonrisa de un lunático—. Lo sé. Lo sé todo. Sé

quién eres. Una hereje. Una adoradora pagana. ¿O no, Haliná Hara'lutze?

La vista se le nubló al escuchar su nombre en boca del capitán.

Acababa de pronunciar su sentencia de muerte. Incluso si le daba el medallón, la asesinaría, o si bien le iba la apresaría para matarla por el delito de herejía. Por más que alegara que se había convertido a la fe de la santa unción, ¿de qué serviría? Era una mujer de las montañas rojas, de los clanes que no doblaban su rodilla ante la Corona.

La declararían hereje.

Pena de muerte: la hoguera.

—Te daré una oportunidad, una sola. Si me das el medallón, te perdonaré la vida.

—¿Y luego qué? ¿Me dejarás ir?

—Te dejaré ir —dijo, pero sus ojos brillaban. Le mentía, estaba segura.

Allá, abajo, no se escuchaban más gritos. Alguien había ganado. Los Devotos, o los runaritas. Quienes quiera quedaban con vida, subirían también la torre. Si eran runaritas, quizás ellos podían deshacerse del capitán, y luego lidiaría con ellos.

Lo importante era preservar su vida un poco más.

Tenía que ganar tiempo.

—No puedo creer que tú, capitán de la Santa Devoción, hicieras alianza con el duque.

El capitán entrecerró los ojos:

—Eso no importa ya. Dame el medallón y terminemos con esto de una vez.

—¿Qué dirá el Gran Maestre cuando se entere de una alianza así?

—¿Y cómo lo va a saber? ¿Se lo dirás tú? —dijo acercándose.

¿Cuánto tiempo tardarían en llegar hasta arriba? Todo era cuestión de suerte. Una lanzada de dados. Si del umbral salían runaritas, cualquier cosa podía pasar. Si eran Devotos, estaba perdida. Se encontraba en un callejón sin salida.

Se sorprendió de la persona que apareció en el umbral. Ni runaritas, ni Devotos.

Era la dama de Galena.

Iba vestida de negro, elegante, el mismo vestido que le vio anteriormente en la biblioteca. Se veía fresca, ni una gota de sudor en su piel.

El capitán se sobresaltó al verla.

—¿Dama de Galena? ¿Qué hace usted...?

—Este es mi castillo, capitán. ¿Cuál es la situación?

El capitán entornó los ojos. Parecía desorientado.

—Tenga cuidado, mi señora. Esa mujer —apunto a Alina— es una asesina peligrosa.

—¿Sí? —respondió levantando ambas cejas.

—Sí. Quédese detrás de mí, yo la protegeré —dijo poniendo el cuerpo entre la mercenaria y la dama.

—¿Protegerme? —dijo la dama—. ¿A mí?

La dama de Galena extrajo un puñal de la manga de su vestido y, con un movimiento rápido y vigoroso, se lo enterró al capitán por la nuca, saliendo la punta por la garganta.

La espada cayó al suelo. Sorne Adiram, los ojos desorbitados del terror, se llevó ambas manos a la herida, de la cual brotaba un hilo de sangre. Cayó de rodillas y se quedó por un momento así, arrodillado. Le lanzó una mirada a Alina que parecía pedirle ayuda. Tosió, expulsando sangre, y se fue de lado haciendo sonidos de ahogado, su cuerpo dando espasmos, hasta que dejó de moverse.

18. UNA CONVERSACIÓN

LA DAMA PASÓ junto al cadáver del capitán sin siquiera dirigirle una mirada.

Caminó hacia las almenas, mirando en dirección del mar, a unos cinco pasos de Alina. Se quedó allí por un tiempo, la brisa fresca pegándole en el rostro, pensativa.

El corazón de Alina golpeaba fuerte contra su pecho. No entendía lo que sucedía, pero algo andaba mal. La dama acababa de matar al capitán de los Devotos a sangre fría y sin inmutarse.

—Antes, hace muchos años, sentía una inmensa rabia por aquellos que se interponían en mi camino —dijo la dama, mirando hacia algún punto frente a ella—. Nunca he deseado algo malo para la humanidad. Todo lo contrario. Busqué traer una nueva era de prosperidad.

Se acarició la barbilla con la mano.

—Pero los humanos son una raza de duro cuello —continuó—. No entienden lo que es mejor para ellos. Siempre rebeldes, siempre sedientos de autoridad y, cuando obtienen un poco de poder, lo usan mal.

Otro momento largo de silencio.

—Ese medallón me pertenece, Alina. Me ha estado llamando, acercándome cada vez más a ti por medio de tus sueños. Hace muchos años quedé ligada por sangre a esa reliquia. Una historia para otro día. Por eso me llama. Los Devotos habían logrado esconderla de mí, hasta que el duque la robó, y después tú a él.

—No entiendo —musitó Alina.

—¿Qué no entiendes, pequeña? —dijo la dama girándose para mirarla a los ojos—. No viniste porque te trajo Larani. Ella actuó pensando que era lo mejor, sin saber quién soy. Viniste, más bien, porque así está destinado.

—¿Quién eres?

—¿No es obvio?

Algunas cosas encajaron en su cabeza. Recordó lo que dijo el Benefactor:

—*Algunos de sus seguidores afirman haberlo visto en Acós.*

La dama de Galena se rumoraba era de Acós. Además de eso, la capacidad que tenía para entrar y salir por el castillo, viajar a diversos lugares, todo como por... *magia*. Y una cosa más, en su sueño, Runar venía de negro y con ojos amarillos, al igual que una serpiente áspid, cuya máscara había portado la dama.

¿Podía ser?

—¿Runar de Kalmideni? —dijo Alina, incrédula.

La dama sonrió.

—Pero tú..., tú eres...,

—¿Una mujer?

Alina asintió.

—Runar es femenino en kalmita. Algunos de los antiguos historiadores preservaron mi género, pero los copistas, pensando que una hechicera no podía tener tanto poder como yo, hicieron anotaciones en los márgenes de los libros de historia, anotaciones que con el paso del tiempo fueron incluidas en las copias por los amanuenses, cambiándome el género a masculino. —Se rió—. Al final, me ha funcionado. He podido esconderme a la vista de todos, en esta isla

que se ha convertido en mi pequeño castillo, lugar en donde guardo las reliquias más poderosas de toda nuestra región, además de una fortuna que me ha costado tiempo amasarla.

—Moriste hace seiscientos años.

—Mi cuerpo ha muerto tres veces. La primera vez, tres siglos atrás, regí la península por trescientos años. Trescientos años de prosperidad, Alina, te lo aseguro. Si hubieras estado allí, me darías la razón. En aquel tiempo no se había fundado Zurmeldán, sin embargo había una poderosa civilización humana. Pero se levantaron en contra mía, encontraron algunas reliquias perdidas y con ellas lograron matarme. Mis seguidores, sin embargo, me resucitaron con la antigua magia, preservada por siglos. La segunda vez fue quinientos años antes de la fundación.² Pero en ese tiempo la magia abundaba, y una alianza de magos y brujas se deshicieron de mí. Cuando volví a vivir, me aseguré de cazar a cada uno de ellos. Me tomó décadas, pero lo logré. Luego junté un ejército en Saldel, pero fui derrotada en la llanura. Mi tercera muerte.

—Pero regresaste.

—El barón Merlién, custodio de la magia antigua y fiel runarita, me resucitó hace doce años, pero he permanecido en las sombras, revelándome solamente a unos pocos de mis seguidores, consiguiendo las reliquias que fueron mías además de otras que pertenecieron a mis enemigos. Pero las tres más importantes..., tú has estado involucrada.

—El libro, el ojo del dragón, el medallón.

—Sí. El libro de la vía, el cual escribí hace tres siglos para comunicarme con mis seguidores y darles instrucciones, pero fue tergiversado por mis enemigos, quienes agregaron un hechizo de muerte y fue usado para desaparecerme. El ojo del dragón, el cual sigue en posesión de los Devotos, aunque no por mucho tiempo, cuyo poder es de visión profética. Y el medallón de Kalmideni, que me fue robado por la familia del duque Obdane cientos de años atrás, en mi destierro, cuyo poder es...

—La regeneración.

La dama entornó los ojos:

—No exactamente.

¿Entonces cómo es que el duque, con el poder del medallón, pudo regenerar la mano que le corté?

—¿Qué es el medallón, entonces?

—Una pieza del rompecabezas. El libro, el ojo, el medallón. Los tres serán míos, y cuando los tenga, sería invencible.

—No lo tengo.

—*Mentirosa.* —Los ojos de la dama se tornaron un par de grados más fríos—. La única razón por la que no te he matado, Alina, es porque veo algo en ti. De alguna manera, por azar o por providencia, has sido destinada a ser parte de esta historia. Eres valiente, tienes ambición, y el que hayas logrado salvarte de mis garras por tanto tiempo habla de tus habilidades. Serías una buena soldado en mi ejército. Serías testigo de la renovación que viene, de la purificación que se avecina.

—¿De qué demonios hablas?

—De una nueva era para el reino, Alina —dijo apuntando con la mano en dirección de Xulde—. Zurmeldán debe caer, un nuevo reino se levantará desde Kalmideni.

—¿Kalmideni?

—¿Recuerdas las ruinas a las afueras de Xulde?

Las recordaba bien. Es allí donde había salvado la vida de Roamán y huido con el medallón, dando muerte a los guardias del capitán Devoto. Por poco murió ella allí.

—Esa es Kalmideni, construida alrededor de la torre de Kalm. Mi ciudad natal, antes de que se fundara Xulde. Los malditos xuldeños nos exiliaron..., pero la venganza se avecina. Destruiremos Xulde y reconstruiremos Kalmideni. Pero primero habrá que matar a todos los que no doblen la rodilla, en la ciudades, los pueblos, la llanura, las montañas.

—¿Las montañas?

—Por supuesto. Las montañas están llenas de clanes rebeldes. Si no se someten, pasaremos la navaja por sus gargantas.

—Los clanes de la montaña nunca se sujetarán a nadie. Ni siquiera lo hacen a la Corona zumeldana.

—Habrán de morir, entonces —respondió encogiéndose de hombros.

—Tendrás que comenzar conmigo, hechicera. No te daré nada.

—¿Comenzar contigo? Alina, he matado a miles. Solamente serás una más.

19. UN LIBRO

REPENTINAMENTE, EN UN pestañear, la tenía encima. La hechicera la tomó por el cabello y jaló hacia atrás. Intentó Alina enterrarle el cuchillo que todavía llevaba aferrado en la mano, pero Runar la agarró por la muñeca en la cual sintió un terrible dolor, como si tuviera un fierro ardiendo pegado a su piel.

Gritando, soltó el cuchillo, que rebotó en el suelo. Esperaba sentir el filo de una navaja deslizándose por la piel de su cuello, pero no, la dama de Galena, Runar de Kalmideni, la sujetó por sus vestiduras en el cuello y tiró con fuerza.

Buscaba el medallón.

Pero no lo llevaba puesto.

—¿Eh? *¿Dónde está?*

—Te dije que no lo tengo.

Alina entrelazó sus manos por detrás del cuello de la hechicera y con toda su fuerza tiró la cabeza de su enemiga hacia abajo mientras flexionaba su pierna, dándole un rodillazo en la cara.

Crac.

Runar de Kalmideni trastabilló hacia atrás y cayó de espaldas. Por un momento pensó que había logrado dejarla inconsciente, pero la hechicera abrió los ojos y se levantó sobre una rodilla, tambaleante.

Abundante sangre le bajaba por la nariz. Se llevó la mano a la boca e inspeccionó la sangre, incrédula. Levantó la vista, una mirada llena de odio.

Pero sus ojos ya no eran esos hermosos ojos de la dama de Galena.

Se habían tornado amarillos.

—*Diosa Ma...* —masculló Alina. No alcanzó a terminar la frase. La hechicera saltó sobre ella como serpiente sobre su presa y le dio una cachetada enterrándole las uñas en la mejilla y cuello. El impacto fue tan violento que la dejó aturrida. Runar no le dio tiempo para recuperarse, porque ya estaba de nuevo encima dando golpes con las manos a una velocidad inhumana.

Alina, sintiendo la sangre caliente que descendía por su rostro, bloqueó tres puñetazos, pero el cuarto la alcanzó de lleno en la barbilla. Un crujido seco resonó en su mandíbula. Sus dientes chocaron entre sí, el eco del impacto retumbó en su cabeza, como si las piezas de hueso estuvieran a punto de estallar. Vio puntos luminosos, su vista tornándose gris.

No, Alina, resiste...

Al recuperar sus sentidos se percató que la hechicera, aun siendo una mujer delgada, con fuerza sobrenatural la había tomado por su ropa y la levantó por encima de ella, caminando hacia las almenas para lanzarla al vacío.

—*Dónde... está... el medallón.*

El terror de morir al caer de esa altura la ayudó a actuar. Hizo descender su codo con toda la fuerza que tenía sobre la sien de Runar. La hechicera, ofuscada, se tropezó y cayeron al suelo.

Alina cayó sobre su costado, un calambre de dolor recorriéndole el cuerpo entero. Se rodó para alejarse de la mujer... si eso era en realidad.

¿Dónde está mi cuchillo? No podré contra ella. Su fuerza es mágica. ¡Estoy perdida si no huyo!

El cuchillo estaba demasiado lejos de ella y cerca de Runar de Kalmideni.

La hechicera se puso de pie. El aire se tornó gélido. La piel de la dama pasó del bronceado suave a un cobre oscuro, oxidado. Sonrió, enseñando no una dentadura perfecta, sino dientes afilados, con dos colmillos largos de víbora. En lugar de dedos, ahora tenía garras afiladas. De su garganta salió un extraño sonido gutural que al principio Alina pensó era un gemido, pero no. Se reía. Su vestido se hizo jirones, al mismo tiempo que un aura blanca la envolvió mientras comenzaba a levitar hasta llegar a un par de varas de altura.

—Dame el medallón —dijo. Ya no era la hermosa voz de la dama de Galena, sino un sonido grave, de animal, de demonio.

Y quizás es eso, se dijo en ese momento Alina. *Una hechicera poseída por el Engendro o alguno de sus demonios.*

—Dame el medallón —dijo de nuevo.

Alina se llevó la mano al lugar en donde había tenido escondido el medallón. Pero ya no lo llevaba consigo. Lo había escondido hace apenas un poco de tiempo, cuando salió a verse con el Benefactor en el bosque. Se había detenido a los cincuenta pasos, encontró una piedra que le serviría por señal, y lo enterró allí. Lo hizo por instinto; ese medallón era la razón por la que seguía con vida. En el momento en que se lo quitaran, le quitarían la vida también.

—Te dije que no lo tengo.

—Dámelo, o te devoraré viva.

La cara de hechicera parecía ahora el de una serpiente, y la quijada se le desencajó, abriéndose grande, enseñando una garganta negra.

Lo dice literalmente. Me tragaré viva, pensó horrorizada.

—Si me matas, nunca sabrás dónde está ese maldito medallón.

—Hay otras formas de sacarte esa información. —Extendió la mano y la cerró.

Fue como si la mano invisible de un gigante la abrazara. Como si estuviera amarrada con enormes cuerdas. Sintió su cuerpo constriñéndose, sus huesos tronando, sus costillas oprimiendo sus pulmones.

Runar levantó el puño unas pulgadas, y Alina se elevó por el suelo, levitando.

Así es como se siente morir, pensó Alina.

Quería gritar.

Pero no podía. Le faltaba el aire.

Hubo un destello, e inexplicablemente seguía en la torre del castillo, pero al mismo tiempo podía ver a su alrededor la ciudad Xulde, en llamas. En esa visión el muelle estaba incendiado, la fortaleza roja bajo asedio, con proyectiles surcando el cielo y estrellándose en las murallas, y de repente se vio a sí misma en una caverna..., no podía ver bien..., luego una explosión, después vio su propia mano, cerrada como en un puño. La salvación estaba en su mano... pero no era el medallón. El medallón era solo *parte* de la salvación.

Entonces la visión se deshizo.

Frente a ella, la hechicera, flotando, su vestido revoloteando a su alrededor, los ojos amarillos y la cara de víbora.

—*Yo soy Runar* —dijo la hechicera con esa horrorosa y gutural voz, aunque el sonido venía de todos lados—. *Mi venganza es ineludible. Yo soy Runar. Aquella que regirá. Aquella que cumplirá su venganza. Yo soy Runar, tres veces muerta.*

Lanzó una larga carcajada.

—*Yo soy Runar. ¡Muerta... pero ahora vive!*

La hechicera flotó hacia ella hasta estar los rostros a un palmo de distancia. Los ojos,

ardientes. Saliva descendía de sus colmillos amarillentos. La piel llena de escamas. La lengua seguía siendo humana, pero era larga y descendía hasta el cuello. Con ella lamió la mejilla de Alina, saboreando su sangre.

—Dame el medallón —repitió.

—No...

El monstruo la mordió en el cuello. Los dientes perforaron su piel, la quijada apretándose sobre las vértebras cervicales. Alina no pudo ni siquiera gemir. Solo esperaba ese último momento en el cual ese engendro del mal le arrancara la garganta.

En eso, a lo lejos, Alina escuchó una voz:

—*RUNAAAAAAAAAAAAAR...*

La hechicera la soltó de la mordida, mirando hacia abajo.

Era Orlen, el Benefactor, con el rostro ensangrentado al igual que el pecho, resoplando con dificultad. Estaba de pie, recargado contra una almena. En su mano izquierda sujetaba un libro, su mano derecha pendía inerte en su costado.

—¡Ese libro es mío! —rugió Runar.

—Un libro para traerte, un libro para desterrarte —dijo Orlen. Llevaba el libro abierto en una de las últimas páginas. Leyó en alta voz unas palabras que Alina no entendió, aunque reconoció eran zumel antiguo.

—*Surec et erma, jeram ala zetesce.*

La hechicera se estremeció. Alina, que la tenía tan cerca que sentía su aliento, percibió que se había quedado petrificada.

—No... —dijo Runar.

—*Faladec urasmo cuasinar, reteca malí andala.*

Las sogas invisibles que sujetaban a Alina desaparecieron. Cayó al suelo, lanzando un alarido de sorpresa.

Al levantar la vista, Runar de Kalmideni temblaba como intentando escaparse de ataduras, todavía levitando, los ojos llenos de rabia.

—*Umasno et, umasno et, umasno et, ¡umasno et!*

La hechicera se encendió. Un fuego azulado la envolvió, y de su garganta brotó un grito largo, una mezcla de dolor y rabia.

Alcanzó a decir:

—El hechizo está incompleto, humano.

Runar de Kalmideni, antes de desaparecer en una explosión de fuego, abrió su boca, y una esfera luminosa surcó el aire y le pegó a Orlen justo en el pecho.

Alina lo vio todo, horrorizada.

Los ojos del Benefactor, sorprendidos.

Se fue hacia atrás, soltando el libro, con su mano izquierda intentando sujetar algo para detenerse, la mano derecha inmóvil. No lo logró, sus pies se despegaron del suelo y se fue hacia atrás, cayendo de la torre.

No gritó.

Pero Alina escuchó el golpe de su cuerpo al estrellarse abajo.

20. UNA CIUDAD

ALINA CORRIÓ HACIA el borde de la torre con un grito atorado en la garganta. Miró hacia abajo.

La bruma le impedía ver el suelo.

Le zumbaban los oídos, le oprimía el pecho.

Diosa mía, ¿qué ha pasado?

El silencio de la noche se interrumpió con un alarido desgarrador, un grito de angustia. El grito de un hombre abajo, en la neblina. Pero no era el Benefactor, sino alguien más.

Antes de bajar las escaleras tomó el libro que el Benefactor soltó antes de caer. Entonces descendió, la mente dándole vueltas.

Al salir, caminó hacia donde debería estar el cadáver, esperando, rezando que de alguna manera, por medio de un milagro, el Benefactor siguiera vivo.

Encontró al barón Merlién, arrodillado, aullando de dolor mientras sacudía el cuerpo inerte de Orlen. El Benefactor tenía los ojos abiertos pero vacíos, la pierna izquierda quebrada, el cuerpo era como una sombra de sí mismo, los músculos suaves, esa flacidez de quien acaba de perder la vida. De una herida en la cabeza goteaban sangre y materia gris.

El barón levantó la vista y la vio.

Julden Merlién estaba herido también, en el vientre y el muslo de la pierna izquierda. Su piel había adoptado el color gris de la ceniza, había envejecido unos diez años.

—Tú... —dijo, la voz rasposa—. Tú mataste a mi hijo.

Ella negó con la cabeza.

—Pagarás por ello. Lo juro por Sairoadán.

—Yo..., yo no...

Los huéspedes salían del castillo, trepidantes y dubitativos. Una de ellos, viendo los cuerpos tirados de Devotos y runaritas, gritó de espanto y se desmayó. Ningún Devoto o runarita sobrevivió, excepto Merlién.

El barón se ponía de pie, pero la herida en la pierna se lo impedía, sin quitar la vista de Alina. Ella caminó hacia atrás y alguien le puso una mano en el hombro. Se sobresaltó.

—Soy yo —escuchó y se dio la vuelta.

—¡Larani!

—Salgamos de aquí.

—No sé lo que ha pasado, el Benefactor...

—¡Está muerto, Alina! ¡Está muerto! Salgamos de aquí antes de que nos maten.

—Quizás podamos hacer algo por él.

—No hay nada que hacer. ¡Escúchame! —La sacudió con fuerza y acercó su rostro al de ella, nariz con nariz.

—Si no salimos de aquí, Alina, nos van a matar.

—El capitán está muerto.

—No importa. Este lugar estará lleno de runaritas pronto.

—Sí, está bien, sí, vámonos de aquí —balbuceó.

Atravesaron el patio en dirección al portón mientras algunos de los huéspedes gritaban que se

detuvieran, pero no hicieron caso. Al salir, Alina le dijo a la siana que tenía que adentrarse al bosque para recuperar el medallón, pues allí lo había escondido.

—¡Apresúrate! —le dijo Larani, y eso hizo.

Encontró la reliquia donde la escondió, y se dio prisa para regresar, temiendo encontrar a su amiga rodeada por seguidores de la hechicera.

Pero no, Larani estaba allí, de pie, sola.

—¿Cómo saldremos? —dijo Alina.

—Como te dije. En una barquilla. Y si no la encontramos, nadaremos si es necesario.

¿Nadar? Moriremos ahogadas.

Pero encontraron la barquilla atada, y se hicieron a la mar, Larani a los remos, guiándose por las estrellas. Le dieron la vuelta a la isla y continuaron hacia el este, rumbo a tierra, rumbo a Xulde.

Alina guardaba silencio, aturdida. Temblaba no solo por el frío y el agua que le salpicaba, sino por todo lo que acababa de vivir.

—¿Qué sucedió allá arriba? —le preguntó su amiga.

—La dama es Runar —dijo, su voz monótona.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

—La dama de Galena es Runar de Kalmideni.

—*Imposible.*

—No solamente me lo dijo, sino que la vi convertirse en el espectro de mis sueños.

—¿Tus sueños?

—Ella mató al capitán Devoto, y cuando estaba apunto de acabar con mi vida, arribó Orlen.

—El Benefactor.

—Sí. Hijo del barón Merlién.

—Diosa. ¿Y qué hizo?

—Tenía en su mano esto —dijo enseñándole el libro que ocultaba en su túnica.

—¿El libro de Runar?

—Sí. Leyó un hechizo, y Runar... desapareció.

—¿La mató?

Alina dudó:

—No estoy segura. No lo creo. Lo último que dijo la hechicera fue: «el hechizo está incompleto».

La siana arrugó la frente:

—¿Significa eso que volverá?

—No lo sé. Tengo muchas preguntas.

—Las vamos a averiguar, Alina.

—Tenemos qué. Runar dijo que necesitaba las tres reliquias: el libro, el medallón, y el ojo.

—¿Para qué?

—Para ser invencible, dijo.

—Tenemos dos de las reliquias. Solamente es de destruirlas.

—¿Destruirlas? ¿Cómo? —exclamó Alina.

—¡Lánzalas por la borda!

—No. Eso no es destruirlas. Es deshacernos de ellas, nada más. Debemos destruirlas, pero de la manera adecuada. No sé cuál es esa manera, no todavía.

—¿Y qué del Benefactor? Si era hijo del barón, ¿significa que era un runarita?

—No estoy segura. Esa es otra pregunta que debemos resolver.

—Lo haremos en Xulde —dijo la siana, asintiendo—. Llegaremos pronto.

Permanecieron en silencio el resto del camino. Sentía algo extraño en sus entrañas, una ambivalencia triste, un mal sabor de boca. Vaya que las cosas no habían salido como pensaba. Esperaba respuestas sobre el medallón, y tenía ahora más preguntas. Una persona cercana a ella (cercana de cierta manera hablando) había perdido la vida delante de sus ojos de la manera más absurda, intentando salvarle la vida. Es verdad que sabía poco sobre el Benefactor, pero ahora estimaba que no sabía *nada*.

Solamente percibía un destello de luz en medio de la oscuridad, y es que ahora tenía conocimiento de un importante secreto: quién era Runar de Kalmideni. Si la suerte estaba de su lado, no volvería a ver jamás a esa hechicera. Pero una premonición fuerte la convencía de que no sería así, sino todo lo contrario.

Algo me dice que la veré de nuevo, y pronto.

Un fuerte escalofrío le invadió el cuerpo entero.

¿Qué seguía? Regresar a la ciudad, encontrar respuestas, y deshacerse de las reliquias. Sí, eso parecía ser lo mejor. Se sentiría más segura al llegar a Xulde. Pero ¿qué haría el duque al enterarse de la muerte de su nuevo aliado? Maldita sea, tendría que cuidarse bien las espaldas.

Finalmente, a lo lejos, vieron las luces de la ciudad. Sin embargo...

—Mira eso, Larani —dijo Alina poniéndose de pie en la barquilla.

Larani miró hacia atrás, por encima del hombro. Se puso también de pie y dijo:

—¡La ciudad está en llamas!

Era así.

Era la única explicación para ese brillo anaranjado que emanaba del horizonte. Parecía una hoguera enorme.

Al acercarse, horrorizadas, lo comprobaron.

Xulde... ardía.

—::—

No te pierdas el épico final de «Mercenaria» en verano 2025

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Cuando comencé a escribir esta serie, mi idea era muy clara: una serie de novelas cortas, de unas 130 páginas cada una, de estilo episódico, con mucha acción y aventura.

Si estás leyendo estas palabras significa que has acompañado a Alina casi al final de esta aventura. Espero estés disfrutando el viaje. El quinto episodio (que ya terminé de escribir) cerrará este círculo narrativo; espero lo puedas leer también.

Ojalá que, si esta novela corta ha sido de tu agrado, la puedas reseñar en línea, pues eso ayuda a que otros descubran esta serie. Como he mencionado antes, esta acción es de tremenda ayuda para nosotros los escritores independientes.

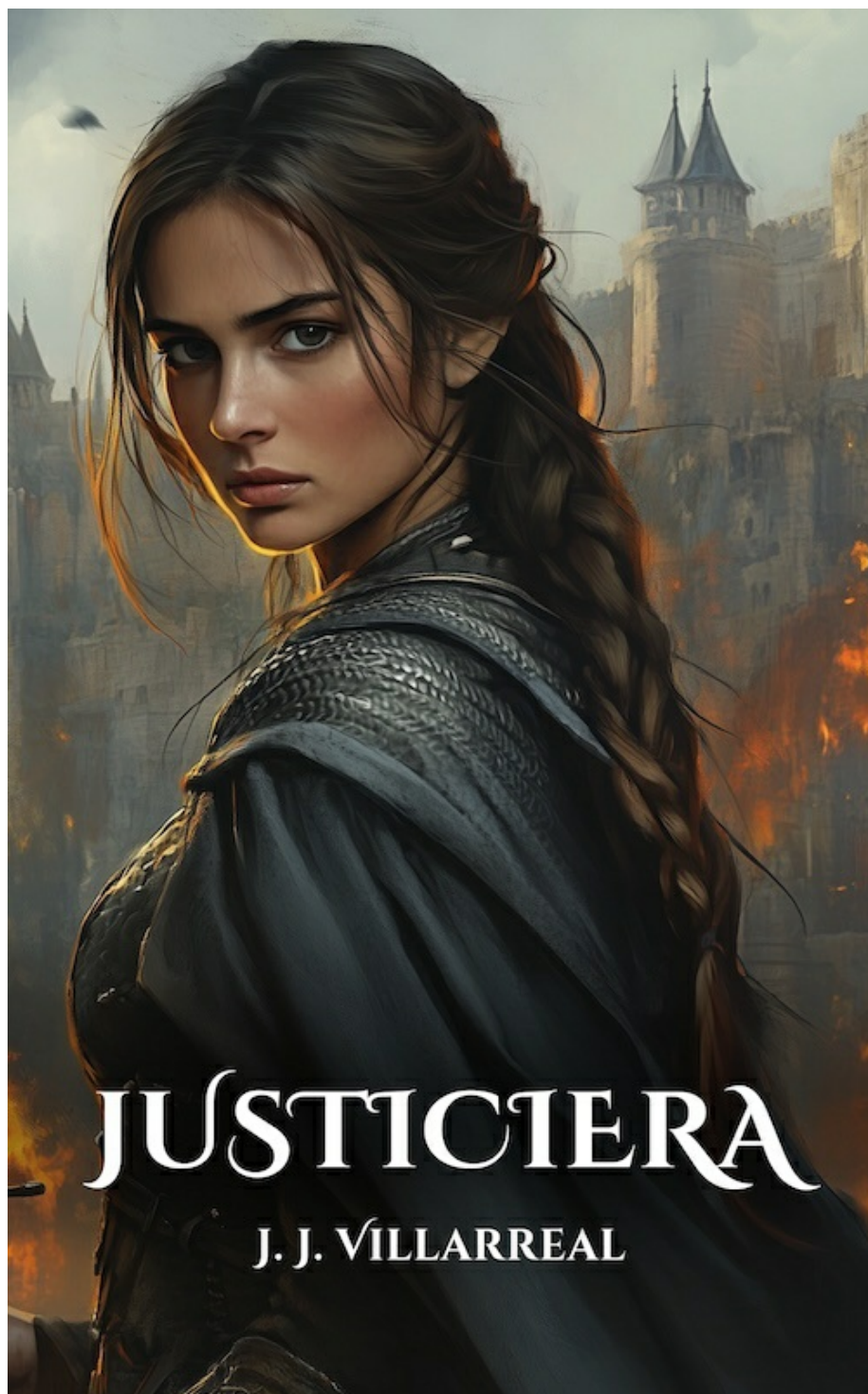
¡Gracias por leer!

Gracias,

J. J. Villarreal

SINOPSIS

NO TE PIERDAS «[Justiciera](#)», el épico final de la serie «Mercenaria».



Cuando Alina Araluz regresa a Xulde, espera encontrar una ciudad en calma. En su lugar encuentra una ciudad bajo asedio. Piratas y garrajeños han invadido sus calles, y las sombras de una hechicera que creía desaparecida, Runar de Kalmideni, parecen alzarse de nuevo. Con su mejor amiga Larani a su lado, Alina emprende una carrera desesperada para proteger las reliquias que lleva consigo. Pero esos poderosos artefactos son tanto una bendición como una maldición, y la única forma de acabar con ellos es encontrar el mítico desolador de almas, oculto en algún

rincón de la misma ciudad que se desmorona a su alrededor.

Mientras sus enemigos se cierran a su paso, Alina deberá decidir qué está dispuesta a sacrificar para evitar que el reino caiga en manos equivocadas. En Xulde, los secretos son peligrosos, las alianzas frágiles y la traición acecha detrás de cada esquina.

Adéntrate en el episodio final de la saga *Mercenaria*.

Disponible en [Amazon y Kindle Unlimited](#) a partir de final de primavera 2025

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Serie «[Guerrero dragón](#)»:

El despertar del dragón

El guerrero dragón

La reliquia del dragón

La venganza del dragón

La resurrección del dragón

Serie «[Crónicas de Casten](#)»:

Las crónicas de Casten (Casten vol. 1)

El amuleto (Casten vol. 2)

El agorero (Casten vol. 3)

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Visita el blog de J.J. Villarreal para recibir su newsletter mensual, actualizaciones, reseñas, y más.

www.jjvillarreal.blogspot.com

Notes

- [1.](#) La vara corresponde a 1.5 metros, aproximadamente.
- [2.](#) Zurmeldán se fundó hace 1297 años.